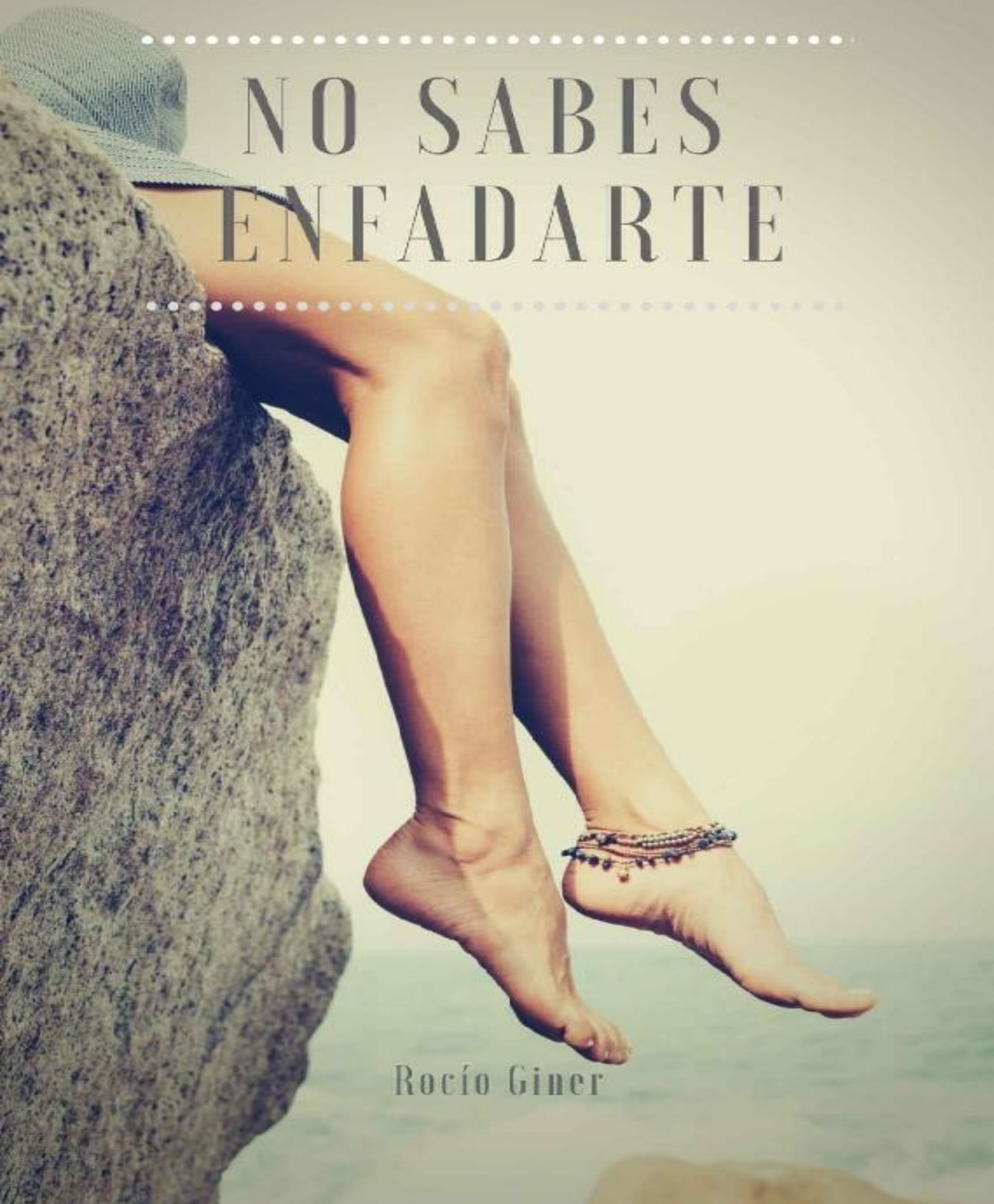
NO SABES ENFADARTE



Rocío Giner

ÍNDICE

CAPÍTULO 1……“La muerte”

CAPÍTULO 2……. ”Tamarit”

CAPÍTULO 3…… “Me dejo llevar”

CAPÍTULO 4…….. “Persecución”

CAPÍTULO 5…….. “Me vuelve loco”

CAPÍTULO 6…… “Toda la verdad”

PRÓLOGO

Alguien como yo que siempre ha estado buscando la perfección en todo lo que le rodea…

Y va y me enamoro de la imperfección.

Y la perfección empieza a parecerme mentira y la imperfección tiende a volverme loco…

¿Qué hago ahora?

Capítulo 1

- El señor Robles ya está aquí, Fabián – me dice Lucía asomando la cabeza en mi despacho

- De acuerdo, dile que pase – arreglo un poco mi mesa y saco mi libreta azul y un bolígrafo

- Fabián – me saluda con la voz un poco entrecortada

- Qué alegría verle, señor Robles – me acerco hasta él para estrecharle la mano

- Te he dicho muchas veces que me tutees, no soy tan mayor, tengo la edad de tu padre - mosqueado

- Es la costumbre Joaquín. Toma asiento, por favor.

Joaquín Robles se tumba en el diván y yo me siento en mi silla justo a su lado.

- Hoy es un gran día – le digo emocionado

- ¿Tú crees? – sin darle importancia

- Es nuestra última consulta. Hemos terminado la terapia con éxito. Llevas dos años limpio, Joaquín. Enhorabuena.

- Sí… - dice impasible

- Pareces despistado hoy ¿qué te ocurre? – preparo mi libreta para

anotar

Joaquín se rasca la cabeza y a consecuencia se desaliña un poco su cabello canoso, pero no suelta ni una sola palabra.

- Déjame que te diga que estoy sorprendido hoy – le cuento observándole con detenimiento – esperaba ver al Joaquín divertido y bromista de siempre, pero más feliz que nunca por haberse curado. En lugar de eso veo a un Joaquín muy poco entusiasta. Dime ¿has bebido?

- ¡No! – se molesta levantándose del diván - ¡no! Nada de eso. No tiene nada que ver con eso.

- Me alegro de veras, empezaba a asustarme. ¿Qué te pasa entonces? Siéntate. Puedes contármelo

- No, no puedo contártelo Fabián – dando vueltas de un lado hacia otro

- Nunca te había visto tan nervioso. Ni siquiera cuando pasaste las primeras semanas de abstinencia

- Eres un gran chico, Fabián – dice mientras observa por la ventana de mi despacho – sé que lo eres

- Entonces ¿por qué no me cuentas qué haces mirando asustado por la ventana?

Joaquín se da la vuelta y me mira fijamente. Sus ojos se clavan en los míos y durante un par de segundos puedo sentir el pánico que su rostro expresa.

- No debería estar aquí. Pero necesitaba agradecerte lo que has hecho por mí todos estos años. – se acerca a mí y me da un abrazo

Mientras nos abrazamos siento el temblor en su cuerpo y me deja paralizado. Conozco a Joaquín desde hace más de cuatro años. Fue mi primer paciente en la consulta y el mejor. Con el tiempo deseaba que llegara su cita sencillamente por qué me apetecía verle. Además es un gran amigo de mi padre y por lo tanto también de la familia. Fue mi padre quien nos puso en contacto para que le ayudara a superar su adicción al alcohol. Y jamás lo había visto y notado tan raro como hoy. Parece asustado pero ¿por qué? Si no fuera por qué le tengo tan cerca y puedo decir que no hay ni rastro de olor a

alcohol pensaría que había bebido.

- Tengo que marcharme, Fabián

- No puedes irte así Joaquín. Es nuestra última cita y estás tan… raro – le miro intrigado

- Gracias por todo. Eres un buen chico – vuelve a repetirme antes de darse la vuelta para irse

- Vuelve otro día, creo que deberíamos concertar otra última cita – le digo antes de que se marche

Pero él parece haberse quedado sordo, no me hace caso y sale de mi despacho. Mientras avanza por la sala de espera dónde mi secretaria Lucía está al teléfono con alguien, se le cae un papel del bolsillo.

- ¡Joaquín espera… se te ha caído…! – es inútil, ya ha salido.

- ¿Ocurre algo? – me pregunta Lucía tapando el micrófono del teléfono con una mano.

- No lo sé… - le respondo desconcertado.

Me agacho y recojo el papel que se le ha caído a Joaquín del bolsillo. Es un número de teléfono. No tiene ningún nombre. Sólo números. Decido guardármelo en el bolsillo por si el señor Robles vuelve. El caso es que me encantaría que volviera y me dijera que sólo estaba gastándome una broma por ser su último día de terapia. Pero la realidad es que lo he visto asustado y tembloroso.

- Hemos terminado por hoy, Fabián – me dice Lucía con una amplia sonrisa interrumpiendo mis pensamientos.

- Sí, gracias. Puedes irte, Lucía.

Cuando llego a casa no recuerdo el camino en coche hasta aquí. Creo que mi subconsciente ha conducido por mí mientras mi mente pensaba en Joaquín. Le ocurría algo. Mañana le llamaré para que volvamos a vernos, esto no puede quedarse así.

Un embriagador olor a pollo asado me viene desde la cocina. Elena me ha dejado la cena hecha y ya está en la cama, como cada noche.

- Otro día que llego muy tarde a casa – le saludo entrando en la habitación y dándole un tierno beso en la mejilla.

- Tienes la cena lista en el microondas, sólo tienes que calentarla – me dice con una cálida sonrisa.

- ¿Y Nico?

- Dormido.

- Lo sé pero ¿qué tal está? Llevo dos días sin verle despierto – me tumbo a su lado en la cama.

- Has estado muy ocupado. Nico está bien, podréis jugar juntos este fin de semana – me consuela – su profesora me ha dicho que está perfectamente capacitado para pasar a primaria.

- Oh vaya, la reunión con la profesora. Se me había olvidado – me lamento.

Elena me abraza y me da un beso tranquilizador en los labios.

- Cariño estoy muy cansada… tengo que apagar la luz.

- Bueno… ya que la apagas…también podríamos hacer… otras cosas – le sonrío y la beso apasionadamente mientras le acaricio el pecho.

- Estoy agotada. Quizás mañana ¿vale? – me aparta con cariño.

- Sí… claro, mañana ya… eso. Voy a cenar.

Le doy un beso de buenas noches y vuelvo a la cocina dónde me recaliento el pollo asado. Desde que me he convertido en un prestigioso psicólogo y terapeuta, no tengo suficiente tiempo para Elena y Nico. Elena y yo hace mucho que no hacemos el amor, y además llego tan tarde a casa que cuando lo intentamos ella ya está demasiado cansada. Parece que la llama de la pasión se está apagando. Hago unos movimientos de cuello para intentar relajar la contractura que tengo y meto mis manos en los bolsillos. Todavía tengo aquí el papel que se le ha caído al señor Robles. ¿De quién será el número de teléfono? Estoy demasiado cansado para pensar en eso ahora.

Tengo cinco llamadas perdidas de Luís. Parece mentira que no me

conozca, sabe que apago el móvil a las diez de la noche y no lo enciendo hasta las siete y cuarto de la mañana, justo después de darme una ducha y tomarme el café. Esta mañana tampoco me ha dado tiempo a ver a Elena y Nico. Elena ha dejado al niño en casa de la niñera y después se ha ido a la universidad.

Entrando en la consulta Lucía me da los buenos días, son las ocho en punto de la mañana.

- Te ha llamado Luís. Que le devuelvas la llamada, ha dicho que es urgente – dice poniéndose en pié y dándome la carpeta con la hoja de las citas programadas para hoy.

- Le llamaré enseguida. Gracias Lucía.

Entro en mi despacho, me siento y ojeo las citas para hoy. Creo que por fin terminaré pronto y podré pasar un rato con Elena y el niño.

- Fabián – dice Luís entrando a toda prisa en mi despacho.

- Luís iba a llamarte justo ahora.

- Joaquín Robles está muerto.

- ¿Qué? No puede ser.

- Su asistenta lo ha encontrado muerto en su cama esta mañana.

Palidezco. Siento como me baja la presión arterial de golpe. Lo está diciendo enserio.

- Pero – intento recomponerme sin éxito - … ayer estuvo aquí en mi consulta.

- Lo sé. Por eso necesitaba hablar contigo. ¿Te contó algo?

- No dijo nada. Sólo se comportaba de forma distinta. Dios mío ¿está muerto?

- ¿Cómo de forma distinta? – sigue indagando.

- Estaba cómo asustado. No sabía que le ocurría. Le temblaba el pulso y miraba por la ventana aterrorizado. Pensé que estaba bromeando o… yo que sé – no consigo que me salgan las palabras con claridad - ¿cómo ha muerto?

- Un tiro en la cabeza

- ¡Joder! – grito levantándome de mi silla exhausto.

- No podemos descartar nada ahora mismo, pero todo apunta al suicidio.

Paso mi mano por el cuello. La contractura ahora es una bola de tensión en la parte alta de mi espalda.

- Han encontrado una botella de wiskie en la mesilla de noche.

- Eso es imposible. Joaquín había dejado la bebida, estaba limpio desde hacía dos años.

- Puede que anoche recayese… y al ver que había fallado decidiera suicidarse.

- Luís sé que te gusta mucho jugar a los polis pero deja de decir sandeces.

- No es que me guste jugar a los polis – enfadado – es que soy policía Fabián. Y aunque sé que te duele que lo diga, por qué pone en entredicho tu terapia, había alcohol al lado del cuerpo.

- Primero… habrá que saber si el alcohol está dentro – hago hincapié en la palabra "dentro" – o sólo al lado del cuerpo. Y segundo… mi terapia funcionó. Ha estado sobrio durante dos putos años y ayer era su última cita. ¡Mierda! Debería haberle seguido, debería haber hecho algo más al encontrarle tan raro – me lamento.

Luís me agarra y me abraza con fuerza para tranquilizarme.

- Mi padre está destrozado y seguro que el tuyo también. Lo siento Fabián, sé que para ti también era alguien importante. No pudiste hacer nada – me consuela – nadie pudo.

- Su mujer – me viene a la cabeza de inmediato - ¿lo sabe ya?

- Al parecer llevaban unos días distanciados y ella estaba en casa de su hermana… el problema de Joaquín les había pasado factura.

- Estaba curado, joder.

- El forense está trabajando a contrarreloj, pronto sabremos si había estado bebiendo.

La noticia de la muerte del señor Robles me ha dejado deshecho. Le he dado el resto del día libre a Lucía, después de que anulara todas mis citas de hoy y me he encerrado en mi despacho. No dejo de releer todos los informes que tengo sobre su terapia. Dos años completamente limpio, estaba ilusionado, volvía a tener ganas de hacer cosas que dejó de hacer por haber estado mucho tiempo borracho. ¿Suicidio? Dios… siempre me ha aterrorizado pensar qué se le puede pasar a alguien por la cabeza antes de quitarse la vida, su propia vida. Soy el mejor psicólogo de Madrid pero ni yo tengo una respuesta para eso. Cuando he hablado con mi padre apenas podía articular palabra, él también estaba en shock.

Mi padre es un hombre serio, de hecho recuerdo pocas anécdotas en las que lo haya visto reírse a gusto o feliz. Mi madre creo que sonríe por los dos. Todo lo hace por los dos. Siempre ha querido aprender bailes de salón y ahora lo hace, cómo mi padre no quiere acompañarla, ya baila ella por los dos. Las muestras de afecto… hasta eso lo hace por los dos. No quiero decir que mi padre sea una mala persona, al contrario, es muy buena gente, sólo que siempre ha estado más volcado en su carrera profesional que en la personal. Y no puedo reprocharle nada, por qué si alguna vez le he visto realmente feliz con algo, siempre ha sido con algo relacionado con su periódico. Sé que le llena y sé que le gusta, así que también entiendo que le dé prioridad. Pero esta vez lo veo tocado, sé que ha sido un duro golpe enterarse de que un gran amigo suyo ha terminado así con su vida.

Debería irme a casa. Cojo mis llaves de la mesa y mi cartera, y enseguida recuerdo lo que guardo dentro de ella. Ahora toma mayor importancia el papelito con ese número de teléfono que se le cayó a Joaquín Robles. Saco el papel de mi cartera y lo miro. ¿Por qué tendría este número en el bolsillo justo unas horas antes de morir? ¿Y de quién era?

Decido llamar y salir de dudas.

- ¿Qué? – contesta una voz femenina al otro lado del teléfono.
- Hola ¿con quién hablo?
- Soy Van ¿estás de coña? Crees que soy imbécil ¿no? Eres tú. Deja de llamarme de una puta vez – cabreada - ¿crees que no te

reconoceré si me llamas desde otro teléfono? Serás idiota.

- ¿Perdón? – pregunto desconcertado.

- ¡Que te vayas a la mierda!

- Creo… creo que te estás confundiendo. No, no me conoces – me paso la mano por el pelo, frustrado.

- ¿No eres Roberto?

- No, no soy Roberto.

- ¿Y cómo sé que no lo eres?

- Pues… me llamo Fabián Torre – me siento absurdo convenciéndole de que no soy quien cree que soy sino que soy yo.

- ¿Y qué quieres Fabián Torre? – cambia el tono de su voz por fin y parece menos enfadada.

- Verás soy psicólogo y terapeuta…

- Ah claro – me interrumpe y escucho su risa un tanto cínica – ahora resultará que necesito un loquero. Te envía mi padre ¿Verdad? Pues ya puedes decirle que me deje en paz. Que pase de mí otros veinticinco años más.

- ¡No! – intento que se calle - ¿puedes dejarme terminar, por favor?

- ¡Oye no me grites!

- No me envía tu padre, no sé quien es tu padre – hago una mueca de desesperación- Te llamo para hablar sobre Joaquín Robles.

Se hace un silencio. Y francamente lo agradezco, pensaba que esta chica no se callaría nunca.

- ¿Qué pasa con él? – pregunta

- ¿Le conoces? Tenía anotado tu teléfono y quería saber de qué le conocías y si hablaste con él anoche.

- ¿Has dicho que eres psicólogo o detective? – vuelve a tensarse – demasiadas preguntas.

- No, es sólo que… - no sé si debería hacerlo pero lo hago – ha

fallecido.

Se hace otro silencio.

- Lo han encontrado muerto esta mañana – le cuento – y me interesaba saber si habías podido hablar con él ayer o qué relación os unía, si le conocías bien… He sido su terapeuta durante mucho tiempo y estoy intentando recabar algo de información. Siento mucha curiosidad.

- ¿Curiosidad por mí?

- Bueno por saber que te une a Joaquín Robles.

Aunque lo cierto es que un poco de curiosidad por ella también siento, puesto que tiene una voz preciosa.

- No voy a hablar de esto por teléfono – me dice contundente- y menos con un desconocido.

- Está bien… ¿qué tal si te pasas por mi consulta o me paso yo por la dirección que tú me des?

- En Tamarit.

- ¿Eso está a las afueras de Madrid?

- Más bien no – se ríe – en Barcelona Fabián.

- Oh.

- Para que luego digan que los madrileños y los catalanes no pueden llevarse bien ¿eh? – bromea – bueno avísame si decides pasarte por aquí a tener esa conversación. Tengo que colgar.

- Espera, espera un momento… Van… ¿es por Vanessa? ¿O te llamas Vanderlei o algo así y eres un ruso con una voz muy femenina?

Suelta una carcajada al otro lado del teléfono y yo no puedo evitar que se me pegue la risa.

- Me llamo Vania.

- Hijo ¿quieres un café? – me propone mi madre con dos tazas en la mano.

- Sí, gracias. ¿Tardará mucho papá en llegar?

- Tenía que atender unos asuntos en el periódico.

- Lo que tendría que hacer es jubilarse de una vez mamá – digo sorbiendo el café y quemándome la garganta –aishh

- Sabes que tu madre siempre hace el café hirviendo, hijo. ¿Cómo va a jubilarse? El día que tu padre se jubile se pasará el día en el sofá refunfuñando .

- Sí, eso es cierto – le doy la razón - ¿Cómo está por lo de la muerte de Joaquín?

- Lo he notado conmocionado, pero ya sabes como es. Se ha ido rápidamente al periódico para poner la noticia en primera plana. Creo que es su manera de honrarle.

- Y además también es mi trabajo – dice mi padre entrando por la puerta. Tiene un oído digno de admirar - ¿has vuelto a quemarte con el café de tu madre?

- Prepararé otro – dice mi madre volviendo a la cocina.

Mi padre deja la chaqueta de su traje bien colocada en el respaldo de la silla y se sienta a mi lado.

- Ha sido un duro golpe – empiezo la conversación.

- Fue un cobarde por pegarse un tiro y acabar con todo.

- No digas eso papá.

- ¡Fue un maldito cobarde! – recalca dando un golpe en la mesa – se suicidó. Después de todo lo que hice por ese hijo de puta.

- ¿Alguna vez le escuchaste nombrar Tamarit? ¿o sabes si conocía a alguien allí en Barcelona?

- ¿De qué cojones me estás hablando?

- Modera tu lenguaje – dice mi madre sirviéndole su taza de café.

- ¡No! Nunca he oído hablar de ese lugar ¿de dónde has sacado eso?

- Me pareció… que nombró algo en alguna sesión… - le miento.

- Olvídate de hacer conjeturas, Fabián. Bebió más de la cuenta y se suicidó. Se le fue la cabeza al muy cabrón.

- ¿Qué tal si le das un sorbo a mi café hirviendo y te quemas esa lengua viperina? – le regaña mamá.

- Ayer tuvo una cita conmigo y parecía asustado… estaba muy diferente a como de costumbre – le explico.

- Pues ahí lo tienes. Entró en paranoia. – zanja la conversación mi padre.

Suena mi móvil y leo “Luís” en la pantalla. Justo a tiempo. Me sentía muy incómodo. Mi padre sólo intenta reprimir su dolor convirtiéndola en rabia.

- Tengo que marcharme.

- ¿Es Elena? Salúdala de nuestra parte – dice mi madre cariñosamente intentando ojear la pantalla de mi móvil.

- Luís – le digo al teléfono en cuanto entro en mi coche – ¿se sabe algo de la autopsia?

- No había alcohol en su organismo.

- ¡Lo sabía! – emocionado - ¡sabía que seguía limpio!

- ¿Entonces qué hacía una botella de wiskie en su mesilla de noche?

- Creo que aquí hay algo extraño, Luís. Y necesito averiguar qué es. Haz la maleta y pide unos días libres. Nos vamos a Barcelona.

Todavía no he podido contarle a Luís el motivo por el cual vamos a Barcelona. Se lo explicaré de camino.

- Tengo que irme a la universidad - me dice Elena mirándome mientras preparo mi maleta - ¿cuántos días vas a estar fuera?

- Estaré de vuelta muy pronto – le respondo.

- ¿Y para qué tienes que irte con Luís? Todavía no me ha quedado claro.

- Me ha pedido que le acompañe, ya sabes que desde que le dejó Lucía está muy raro. Ha estado demasiado centrado en su trabajo y ahora que tiene un par de días libres necesita salir y desconectar.

- Contigo.

- Sí, bueno… soy su amigo y su psicólogo personal prácticamente – bromeo.

- Pero después de lo de Joaquín… debes de estar muy apenado. No sé si es el mejor momento – me compadece.

- Tranquila, lo mismo me viene bien para no pensar en ello.

- Pero ¿y todo tu trabajo de estos días?

- Está todo controlado ¿vale? Lucía ha aplazado las consultas. No tienes que preocuparte por eso.

- Vale. Supongo que tú y yo estamos bien, cariño… - dice un poco triste y acercándose cada vez más a mí.

Yo la abrazo y le doy un beso en la mejilla.

- Claro que estamos bien. Te llamaré en cuanto llegue.

Nico se abalanza sobre mí para darme un abrazo y yo le cojo en volandas.

- Que energía tienes por las mañanas, enano – le doy un beso – pórtate bien con tu mamá.

- Adiós Fabián – se despide Nico.

Elena y yo nos damos un tierno beso en los labios y ella se marcha haciéndome el gesto de que la llame por teléfono mientras sale de la habitación con Nico agarrado de su mano.

Luís sube a mi monovolumen negro.

- ¿Llevas los zapatos limpios? – le pregunto como de costumbre cuando sube a mi coche.

- Joder las suelas están para pisar el suelo, y yo que sé… - bromea y yo arranco el coche y me pongo en marcha - ¿Me vas a explicar ya para que vamos a Barcelona? ¿y por qué he tenido que decir que no he superado mi ruptura con Lucía?

- Es la excusa que se me ha ocurrido. No quería decirle la verdad a Elena por qué me tomaría por un loco.

- Claro, y eso siendo psicólogo… - se ríe – que conste que tengo lo de Lucía más que superado. Por cierto ¿cómo está?

- Bien, la veo bien.

- Seguro que yo estoy mucho mejor. La pobre estaba loquita por mí, se quedaría hecha polvo.

- En el trabajo ha estado como siempre – le cuento.

- Tú eres mi amigo ¿por qué la sigues teniendo trabajando para ti? – me reprocha.

- Te recuerdo que era mi secretaria antes que tu novia. Además trabaja bien ¿por qué iba a echarla?

- Por qué me dejó.

- Ah ¿te dejó ella? – por fin lo reconoce – creía que estaba loquita por ti – le recuerdo lo que acaba de decir hace unos segundos.

- ¿Qué coño vamos a hacer a Barcelona? – cambia de tema apresuradamente.

- En la última consulta con Robles antes de morir, se le cayó un papel con un número de teléfono en mi despacho. Ayer probé a llamar por qué me mataba la curiosidad y me cogió el teléfono una chica, que la verdad es que parecía estar un poco pirada, pero el caso es que me dio a entender que sabía algo sobre él pero no me lo quiso aclarar por teléfono. Teníamos que reunirnos en persona.

- ¿Y habéis quedado para reuniros?

- Le enviaré un mensaje ahora.

- Ah que ella aún no lo sabe. Claro, que lo mismo vamos allí y como no sabemos quién cojones es igual ni la vemos y vamos para nada.

Estupendo – ironiza.

- Eres policía. Deberías de estar emocionado por qué vayamos a investigar por nuestra cuenta. Lo mismo descubrimos algo sobre el caso y te creas un prestigio importante. – le convenzo.

- Ya hay un cuerpo del estado trabajando para esclarecer lo que pasó. No hace falta que hagamos de Starky y Hutch.

- Luís sabes lo importantes que son mis pacientes para mí ¿verdad? – él asiente con la cabeza – por eso he llegado dónde he llegado. Por qué mis pacientes son mi prioridad. Acaba de suicidarse uno de mis pacientes. Con el que he tenido más sesiones de terapia. ¿De verdad piensas que voy a quedarme de brazos cruzados mientras todos me decís que simplemente se ha suicidado? Si ha sido así, quiero saber los motivos que le han llevado a eso para no tener que cargar el resto de mi vida con el suicidio de un paciente al que yo creía curado y feliz ¿de acuerdo?

- Sí – resopla – que sí, está bien.

- Dime ¿qué tienes? ¿qué se sabe?

Luís saca su móvil del bolsillo y me enseña unas fotografías. Al verlo me estremezco.

- Joder – le digo apartando la mirada. Es Joaquín Robles muerto, con la cabeza llena de sangre en su cama. Pasa a otra foto y más de lo mismo pero esta vez también se le ve sosteniendo un arma con su mano – no quiero ver más. Aparta eso de mí – me toco el pelo, nervioso.

- Te lo describo entonces. Joaquín Robles acostado en su cama. Con un tiro en la sien. En su mano tiene la pistola. En la mesilla de noche una botella de wiskie medio vacía con un vaso…

- ¿Un vaso? – le interrumpo.

- Sí, un vaso vacío.

- ¿Han tomado huellas de ese vaso?

- Fabián ¿has escuchado lo que he dicho? Robles con un balazo en la cabeza y en su mano un arma – pasa su dedo por el salpicadero y observa que no tengo ni una mota de polvo – Tema resuelto.

- ¿Y si no había bebido ni una gota de alcohol de quién era esa

botella y ese vaso de wiskie? ¿el vaso olía a wiskie como si alguien hubiese bebido de él? ¿Y por qué quiso quitarse la vida? ¿y de dónde consiguió el arma para hacerlo? Lo siento, no hay tema resuelto que valga.

- Cuando te pones en plan preguntón te sale el periodista que tu padre hubiese querido que tuvieras dentro – me regaña – tienes razón, sí, todavía quedan muchas dudas que resolver.

- Una muy importante es por qué el mismo día que se suicidó tenía el teléfono de una chica de Barcelona en el bolsillo de su pantalón. Y eso es lo primero que quiero averiguar.

- ¿Puedo apoyar los pies en el salpicadero para echar una becadita?

- No.

Hemos llegado a la habitación del hotel dónde nos hospedaremos estos días. No está nada mal. Una habitación muy amplia con las paredes pintadas de blanco, cuadros con colores llamativos. Un gran armario. Dos camas individuales de matrimonio. Un cuarto de baño gris perla con una ducha espaciosa. Y, lo mejor de todo, una fantástica terraza con vistas al mar. Lo primero que hago al dejar mi equipaje es salir a esa terraza a observar esa preciosa playa. Arena blanca y agua azul cristalina. Está repleta de gente, algunos se bañan, otros toman el sol, y otros simplemente pasean por la orilla hasta llegar a unas estupendas rocas que sirven de separador con la otra playa. Viniendo de Madrid esto me parece el paraíso.

- Lo siento cariño, no he podido llamarte antes – le respondo a Elena por teléfono.

- ¿Ya habéis llegado? – me pregunta ella.

- Sí, acabamos de dejar la maleta en la habitación. No te preocupes muy pronto estaré de vuelta ¿vale?

- Te voy a echar de menos.

- Y yo cielo. Te quiero.

- Te quiero – cariñosa.

Colgamos el teléfono y al levantar la mirada me encuentro con la sonrisita divertida de Luís acercándose a mí mientras se quita su camiseta y deja al descubierto su trabajado torso.

- Te quierooo – me imita con una voz tontorrona.

- Yo no pongo esa voz – le recrimino riendo - ¿es necesario que te despelotes?

- Hace calor… - dice colocándose a mi lado en la terraza del hotel - Así que esto terminará en boda. Lo supe en cuanto os fuisteis a vivir juntos. Y como has acogido a Nico como si fuera hijo tuyo… creo que estáis hechos el uno para el otro.

- Yo también lo creo. Voy a pedirle que se case conmigo en cuanto vuelva a Madrid – le confieso.

- ¡Vaya! Pero qué alegría. Lleváis juntos ¿cuánto? ¿dos años?

- Dos años – confirmo.

- Sabía que este momento llegaría. Ya puedes agradecerle a tu padre que te la presentara – sonríe – de no ser así te hubieses quedado para vestir santos

- Lo haré. En fin, voy a ver si la chica me ha respondido al mensaje – digo ojeando mi móvil.

- Para eso hemos venido hasta aquí ¿no? A parte de poder admirar estas preciosas playas – dice mirando el mar – si nos sobra algún ratito bajaremos a tomar el sol

- Baja tú que tienes tableta para derretir – miro el móvil – perfecto. Me ha dicho que podemos vernos en un par de horas. Veamos quien es y qué tiene que ver con Joaquín Robles.

Capítulo 2

Vania me ha citado en el paseo marítimo. Son las doce del mediodía y hace un calor importante. Miro a mi alrededor y me percato de lo mucho que desentono con el resto de la gente que va en plan veraniego. En bañador o de corto. Y yo con vaqueros largos, zapatillas y un polo, menos mal que de manga corta, que es lo único que he metido en mi maleta. Sabía que venía a un lugar con playa, pero tampoco que pillaría uno de los días más calurosos de Junio.

- ¿A qué hora te ha dicho que vendría?

- Se retrasa diez minutos – digo mirando el reloj – no soporto la impuntualidad.

- ¿Sabes quién era impuntual? Tu secretaria.

- Cómo secretaria no lo es. No trabajaría conmigo si lo fuera.

Luís me mira como perdonándome la vida y al mismo tiempo dos chavales con no demasiada buena pinta que van caminando y charlando alzan la mirada hasta una mujer que se acerca desde la otra acera.

- ¡Vania! – la saluda uno de ellos.

- Es ella – le digo a Luís señalándola con la mirada.

- No puede ser ella.

Pero está viendo lo mismo que yo. Está viendo a una chica guapísima acercarse. Tiene el pelo a la altura de los hombros y de un color negro azabache, el más azabache que había visto en mi vida. Viste con unos shorts vaqueros y una blusa blanca desmangada con botones que parecen estar colocados estratégicamente para intuir sin mostrar. Su tono de piel moreno oscuro hace que sus dientes blancos resalten mucho más. Camina sonriente parece que saluda a los chicos. Es una mujer delgada pero con unas curvas en las que cualquier kamikaze estaría dispuesto a matarse.

- Está buenísima – resume Luís todo lo que pasa por mi cabeza y no puede ser más exacto.

Ella se para a charlar con los chicos unos segundos y después se da la vuelta y nos sonríe. Con esa sonrisa que ya intuí por teléfono que sería

traviesa y divertida. Le devuelvo la sonrisa, intento ponerme erguido y espero a que se me acerque.

- ¿Fabián?

- Soy yo – le digo con un poco de carraspera en la voz.

- Yo soy Luís. Encantado de conocerte – se abalanza sobre ella para darle dos besos cuál hiena.

Repaso de nuevo a Vania de arriba abajo y ella se da cuenta por lo que durante unos segundos se encuentran nuestras miradas.

- ¿Podemos hablar del asunto que nos concierne? – le pregunto.

- Responderé a todas tus preguntas mientras comemos. ¿No tenéis hambre?

El bar al que nos ha llevado Vania parece un cuchitril, las baldosas del suelo parecen no haberse limpiado después de unas cuantas fiestas. Un chico joven y sin camiseta nos mira detrás de la barra mientras se fuma un cigarrillo. No hay más comensales. Mala señal.

- Pero bueno Vania… - le saluda el camarero descamisado con cuerpo atlético – que pronto llegas ¿qué haces con estos dos? – sale de la barra y la coge en volandas

- Son unos amigos míos de Madrid – le dice ella recomponiéndose después de que la vuelva a dejar en el suelo – prepáranos uno de esos arroces que te quedan tan ricos.

Nos sentamos en una de las mesas que está libre. Qué tontería, están todas libres aquí no hay ni Dios.

- No sé si has escogido el mejor sitio para comer… ¿Sanidad se pasa por aquí de vez en cuando? – le digo.

- Tranquilo – suelta una carcajada – ya han solucionado lo de las ratas.

Hago una mueca de asco absoluto y ella vuelve a reír.

- Es broma, Fabián.

- Es un poco tiquismiquis – le aclara Luís con esa sonrisa tonta que se le pone cuando me critica de forma cortés.

- Yo trabajo aquí – cuenta Vania.

- ¿Enserio? – hecho un nuevo vistazo a mi alrededor - ¿Aquí?

- Sí, por las noches esto se convierte en un bar de copas. Y yo soy la camarera de la noche. – me guiña el ojo – sé preparar unos daiquiris que te mueres.

- Me encantaría probar uno de esos – le responde Luís con esa cara de baboso que se le pone cuando intenta ligarse a una mujer.

Cuando lo veo así pierdo todo el respeto que le tengo como policía. Siempre le he admirado por su fortaleza en el trabajo, pero cuando ve una chica guapa… se vuelve imbécil.

- ¿De qué conocías a Joaquín Robles? – decido entrar en materia cuanto antes.

- Joaquín Robles es muy conocido por todos aquí, Fabián.

- ¿Ah sí? – pregunto sorprendido.

- Os sorprenderán muchas cosas. Solía venir muy a menudo. Era un buen sitio para captar.

- ¿Para captar? – extrañado - ¿para captar el qué?

- Mujeres. Después se las llevaba a Madrid prometiéndoles que las haría triunfar como modelos, actrices… pero una vez allí les decía que llegar a lo más alto tenía un precio. Y ese precio era pasarse por la piedra a quien él dijera.

- ¿Intentas decirme que era un proxeneta?

- Un puto cabrón es lo que era – sonríe al camarero cachas que ya nos trae los arroces – gracias cielo. Probadlo, hace el mejor arroz con marisco de la zona.

- No puedes acusar a alguien de algo tan grave, Vania – le recrimino.

- Pregúntales a las madres de esas chicas a las que no han vuelto a ver si estoy siendo demasiado dura. Aunque lo mismo a ti te viene bien,

por qué ese cabrón ha destrozado tantas vidas aquí que podrías forrarte aún más haciéndoles terapia en este pueblo.

Trago saliva. Su respuesta me deja sin habla y decido sólo abrir la boca para probar el arroz, nada más.

- ¿Y por qué no lo han denunciado? – pregunta Luís.

- ¿Acaso no lo sabéis? – hace una mueca de incredulidad y suelta una risa que me resulta muy cínica.

- Aún así todavía no me has aclarado por qué tenía tu número de teléfono – le recuerdo apartando el arroz de mi vista – esto está incomible, lo siento.

- Hoy no le ha salido tan bueno como de costumbre, probablemente esté borracho – suelta tan tranquilamente.

Miro hacia la barra y veo al camarero cocinero intentando mantener el equilibrio con el cigarrillo consumido ya en su boca.

- ¡Fede está estupendo, tío! ¡Te has superado! – le miente haciéndole el gesto de ok con la mano.

- Es la primera vez que me meto en un antro así… - miro asqueado – y la última.

- Lo siento, rey de la capital. La próxima vez te llevaré a un restaurante de cinco tenedores. – bromea y Luís le ríe la gracia – No sé por qué tenía mi número de teléfono ese tipo. Bueno puede que sí que lo sepa… pero no estoy segura del todo.

- ¿Y qué intuyes? – pregunta Luís apartando su plato también después de ver al cocinero de pacotilla borracho como una cuba.

- Puede que se lo diera su hijo, que es mi ex novio. Roberto… apodado el Robles.

- Eso es imposible, Joaquín no tenía hijos. Su mujer no podía tenerlos. – le digo.

- Por eso no fue con su mujer con quién lo tuvo. Pero sí con una señora de aquí del pueblo.

Luís y yo nos quedamos mirándonos sorprendidos.

- Ya os avisé que habrían muchas cosas que os sorprenderían.

- ¿Podríamos conocerle? ¿A su hijo?

- Sí, supongo que sí. Pero os aviso, es igual de hijo de puta que su padre o más. Si queréis verle, pasaros esta noche por aquí, viene siempre a tocarme las narices.

Suena el teléfono de Luís.

- Es del trabajo – dice él mirando la pantalla – tengo que atender la llamada. Vuelvo enseguida – se levanta y sale del bar con el móvil en la oreja.

- Nosotros también nos vamos ¿no? – se levanta de su silla – esto está incomible – me imita.

- ¿Dónde? … ¿no hay que pagar?

- Tranquilo, invita la casa. Hasta la noche Fede. No te acabes toda la ginebra, anda.

Sigo a Vania hasta salir del cuchitril. No puedo evitar que mis ojos se claven en su trasero y ese movimiento tan sexy que hace al caminar, contoneándose. Me pongo un poco nervioso pero agradezco volver a respirar aire puro. Me estaba asfixiando ahí dentro.

- Salgo con más hambre de la que he entrado – me quejo.

- Dos bocadillos, por favor – pide Vania en uno de esos establecimientos sobre ruedas – toma – me da uno de los bocadillos.

- Gracias.

- Has recorrido muchos kilómetros para venir a verme, lo menos que puedo hacer es darte de comer.

Le sonrío amablemente.

- Fíjate, pobre – me dice acariciando a un perro callejero que se nos acerca en el paseo – pero qué bonito eres – sigue dándole mimos - ¿tienes hambre pequeñín?

Le doy el primer y último mordisco a mi bocadillo de pechuga de pollo con queso por qué en cuanto me descuido Vania me lo coge y se lo da al perro.

- ¿Qué haces? – alucinando - ¿Por qué has hecho eso? – digo mientras observo al perro comerse de lo más a gusto mi bocadillo.

- Vamos Fabián, el perrito lo necesita más que tú. No te pongas así.

- ¿Y por qué no le has dado el tuyo? – estoy flipando.

- ¿Sabes a cuánto me pagan la hora? Seguro que tú cobras cinco veces más, anda que no te podrás permitir otro bocadillo. No seas así. Mira qué feliz está este pequeñín.

Se me queda una cara de pánfilo que no la puedo ocultar.

- Además, encima de que te invito… - me suelta encima.

- ¿Qué? Pero si todavía no he comido nada.

- Encima se queja ¿eh pequeñín? – le pregunta al perro sobre mí.

- Esto… esto es… es inaudito – pienso en voz alta sin dejar de mirar como el perro se come mi bocadillo – increíble…

- No sabes enfadarte – dice con una sonrisita tonta en la cara – pues no sabes lo que te estás perdiendo porqué está de rico – dice con la boca llena de un bocado y riendo.

Sin poder vocalizar palabra nuestras miradas se cruzan y se encuentran en un silencio que me resulta cautivador. Sólo puedo observarla sonreír, burlándose de mí y acariciando al perro que se está comiendo lo único que me iba a echar a la boca desde ayer. Durante algún segundo puedo interpretar en sus ojos un coqueteo escondido, pero no sé si es la realidad o es lo que mi mente quiere que piense sobre una mujer tan bonita.

- Hay algunas novedades en el caso, Fabián – dice Luís interrumpiendo el único momento en el que he tenido a esta mujer en silencio desde que la conozco.

- Cuéntanos – dice ella.

- Eh… preferiría – Luís hace un gesto señalándome a él y a mí.

- Ah, queréis intimidad… vale – se enciende un cigarrillo.

- ¿Fumas? – le pregunto.

- ¿Acaso no me ves? – bromea y se aleja un poco de nosotros. Por supuesto el perrito le sigue… como no le va a seguir después de cómo le ha alimentado.

- ¿Qué pasa? – le pregunto a Luís sin poder dejar de mirar a Vania por detrás, como se aleja contoneándose de esa forma tan natural y sensual a la vez.

- Eso ¿Qué te pasa? – me responde con otra pregunta él - ¿qué pasa con esta chica?

- No entiendo qué dices… - despistado.

- ¿Qué digo? ¿A qué venían esas miraditas? Mira tío, te vas a casar dentro de nada y esta chica es la solución a mi problema.

- ¿Qué problema?

- Superar mi ruptura con Lucía ¿no era eso lo que querías?

- Pero si has dicho en el coche que lo tenías más que superado – le recuerdo y él me mira haciéndome sentir culpable - ¡además tengo una Elena! Digo… una novia, eso tengo una novia.

- Exactamente. Así que céntrate en lo que hemos venido a hacer.

- ¿Y qué novedades hay sobre el caso?

- Nada, sólo quería hacerme el interesante delante de ella.

Pongo los ojos en blanco.

- Siento interrumpir vuestros cuchicheos – dice Vania desde la otra parte de la acera – pero se avecina tormenta – señala al cielo que ahora se ha puesto negro de repente – no era normal el calor que estaba haciendo hoy. Sabía que terminaría lloviendo.

Empiezan a caerme gotas de agua en la cara y en cuestión de segundos pasan a ser chuzos de punta. Vania se nos acerca.

- Luís será mejor que te metas en el bar, para no mojarte – le aconseja Vania.

- Sí, claro – le responde cuál perrito faldero metiéndose rápidamente en el bar y haciéndonos señas para que le sigamos una vez a cubierto.

- Y tú deberías llevarme a casa, no querrás que vaya andando con la que está cayendo – está empapada como yo – después ya volverás a por tu amigo – dice cogiéndome de la mano y poniéndonos los dos a correr.

El paseo en el que hace unas horas caminaba la gente entrando y saliendo de la playa con su bañador, ahora está desierto y sólo Vania y yo corremos por él con la intención de llegar a mi coche. Corro de su mano por inercia. Ahora pienso en lo que se va a mosquear Luís cuando se dé cuenta de que me he ido sin él. Pero ¿qué iba a hacer? Vania pisa un charco y se llena de barro hasta los muslos. Dios… que bien le sienta el barro a esos muslos… Por fin llegamos a mi coche.

- Espera. No puedes entrar así en mi coche.

- ¡¿Qué?! – con el pelo empapado pegado en la cara.

- Estás llena de barro.

- Abre de una puta vez, estoy empapada – me increpa y no me queda más remedio que abrir a regañadientes.

Nos sentamos cada uno en nuestro asiento y cierro la puerta. Cae tanta agua que no puedo ver nada por el cristal delantero, me recuerda a cuando entro en el túnel de lavado. Los dos tenemos la respiración acelerada después de haber corrido así, pero lo cierto es que de la boca de Vania suena mucho más sugerente.

- No pises las alfombrillas, mantén los pies en alto.

- ¿Estás de coña? – pregunta ella.

- No soporto la suciedad ¿vale? Y menos en mi coche. O eso o quítate las zapatillas.

- Está bien, Fabián ¿no quieres que te ensucie el coche de barro? Perfecto – dice con un tono muy irónico en sus palabras – me quitaré las zapatillas – lo hace, abre la ventanilla unos segundos y las tira por ella - ¿ahora qué? ¿te estoy ensuciando tu carísima tapicería con mis pantalones? Tranquilo – sigue con ese tono sarcástico y empieza a bajarse los shorts.

- ¿Qué estás haciendo? – digo tapándome los ojos con mi mano.

- No quieres que te ensucie el coche ¿no? – oigo como vuelve a

abrir la ventanilla y al segundo la cierra.

- No habrás… - le digo mirándola y confirmando que ha tirado sus shorts por la ventanilla.

- Ups… vaya que torpe que soy. También me he ensuciado la camiseta, ¿cómo se me ocurre subirme a tu coche con la camiseta sucia, joder?

- No, no.

- Sí, sí – se quita la camiseta y la vuelve a tirar por la ventanilla.

Quedándose sólo en sujetador y bragas a conjunto de un color rojo pasión… o quizás la pasión sea ella misma por qué no puede quedarle mejor. Su color de piel hace que le siente todavía mejor. Noto como mi pulso se acelera y necesito tragar saliva por qué se me ha secado la garganta. No soy capaz de pronunciar ninguna palabra ahora mismo. Tengo a una mujer preciosa casi desnuda en el asiento de mi coche mirándome como si me estuviera retando y no puedo estar más excitado.

- Vania… - le imploro – no deberías haber hecho eso.

Ella me mira con una sonrisa juguetona y traviesa que hace que me suba la fiebre hasta el límite. Decido mirar al frente, recomponerme y no pensar en la mujer preciosa que tengo desnuda a mi lado. Me pongo el cinturón y arranco el coche, mientras estamos ya en marcha rebusco en el asiento de atrás sin quitar la vista de la carretera hasta por fin coger un jersey.

- Ponte esto – le pido.

- Es un jersey de lana, estamos en junio.

- Mejor eso que salir a la calle en pelotas, vamos póntelo por favor – casi le suplico.

Al final me obedece y se pone mi jersey encima de la lencería.

- Es aquí – dice señalando a mi izquierda.

- Pero si estabas a dos pasos.

- Ya – responde ella sonriendo de nuevo mientras yo freno el coche.

- Tengo que volver a por Luís – me despido.

- Vale. Nos vemos esta noche. Por cierto dile que deje de tirarme los tejos- me guiña un ojo y abre la puerta para bajarse - El que me interesa eres tú.

Sale de mi coche y pasa por delante de mí para ir a su casa, contoneándose como sólo ella sabe. Descalza y vistiendo sólo mi jersey. La gente se la queda mirando a su paso, embobados, igual como la estoy mirando yo ahora mismo. Estoy excitado. Estoy muy excitado y eso no es bueno.

- Ya te he pedido disculpas, Luís – le digo entrando en la habitación del hotel – me pidió que la llevara a casa, estaba diluviando.

- Sí, ya lo sé. Lo sé por qué he visto todo el diluvio desde el antro ese con el musculitos borracho a mi lado.

No puedo evitar que se me escape una risa.

- ¿Te hace gracia?

- Bueno al menos habréis podido daros consejos sobre proteínas y pesas y cosas así

- Eres muy gracioso. Seguro que esto no te hará tanta gracia… mientras estabas llevando a tu amiguita a casa me ha llamado Elena, cómo no te localizaba a ti me ha llamado a mí.

- Joder, Elena – me viene a la cabeza y me lamento.

- Sí, Elena, tu novia, tu futura esposa, esa Elena. Me ha preguntado que dónde estamos, qué por qué no estabas conmigo, qué por qué no le cogías el teléfono.

Miro mi móvil y tengo seis llamadas perdidas suyas.

- ¿Y sabes qué le he dicho? Que yo había salido de la habitación a tomar el aire y que tú te habías quedado dormido. Que por eso no cogerías el teléfono.

- Gracias, tío.

- ¿Por qué? Porque soy un buen amigo, Fabián. Pero tú no lo estás siendo, por qué no me estás dejando el camino libre con tu amiguita pirada y…

- Luís, no le interesas – le interrumpo antes de que continúe y marco el número de Elena.

- ¿Te lo ha dicho ella?

- Sí. Así que deja de tirarle la caña. ¡Elena cariño! – saludo a Elena al teléfono.

- ¿Acabas de despertarte?

- Vaya, creo que yo también necesitaba esta escapadita ¿eh? Porque ha sido llegar y dormir todo lo que normalmente no puedo dormir en casa.

- Me alegro de que hayas desconectado… pero me tenías preocupada.

- Lo siento, cariño.

- Por cierto, Luís tampoco ha querido decirme dónde estáis exactamente – parece preocupada.

- Si te lo dije, aquí en… - pienso rápido- Alicante.

- Y tampoco parecía muy hecho polvo.

- Lo está, cariño. Lo que pasa es que ya sabes cómo es, quiere hacerse el fuerte… ¿te ocurre algo cariño?

- Es sólo que… te echo de menos.

Al escucharla decir eso una parte de mí se desmorona y pienso en contarle la verdad. Decirle dónde estamos y para qué hemos venido, para que no tenga que preocuparse más por nada. Pero tomé la decisión de no decírselo todavía porque prefiero hacerlo cuando tenga más información y esto haya valido la pena. Si no lo vale y no consigo sacar nada en claro sobre este viaje, preferiría que mi familia y Elena pensaran que simplemente he estado unos días fuera con un amigo para descansar.

- Yo también te echo de menos. Estaré muy pronto de vuelta, lo prometo.

- ¿Haréis algo esta noche? – me pregunta ella.

- No. No. Esta noche cenaremos en el hotel y nos vendremos a dormir enseguida.

- ¡Fiesta! – grita Luís cuando entramos en el antro reconvertido en bar de copas en el que trabaja Vania.

- ¿Qué haces? – le pregunto.

- Estoy aquí para superar mi ruptura con Lucía ¿no? Pues deja que me divierta, coño.

Lo que me faltaba, aguantar al Luís fiestero otra vez, pensaba que esa etapa la habíamos pasado hacía años pero hoy ha vuelto a resurgir. Espero que recuerde que para lo único que hemos venido es para conocer al supuesto hijo de Joaquín Robles. Y digo supuesto por qué hasta este momento todavía no me ha quedado claro absolutamente nada. Y no sé que es cierto y que no lo es. Luís avanza con paso decidido con esos pantalones de pinza ceñidos que se ha colocado hoy y esa camisa azul marino, que he de admitir muy a mi pesar, que le queda como un guante. Va perfecto, no como yo, que de nuevo llevo un polo y los vaqueros, lo único que metí en la maleta.

Me acerco a la barra y una chica muy mona nos atiende.

- ¿Qué os pongo?

- Dos cervezas y tu número de teléfono – responde Luís.

- Luís, por favor … - le regaño pidiéndole que no me haga pasar más vergüenza ajena.

- Hoy vengo a tope, tío. A por todas. – me dice él con los ojos abiertos como platos y moviéndose al ritmo de la música discotequera que se oye de fondo.

- ¿Está Vania? – le pregunto a la camarera – querríamos hablar con ella.

- Sí, un momento, la aviso.

- Gracias.

La camarera entra en lo que deduzco que será el almacén y después de unos minutos veo salir a Vania, con un vestido negro ceñido y un escote de infarto que me hace morderme el labio inconscientemente.

- Está aquí – me dice ella en voz baja masticando chicle, mientras saca dos copas y les va poniendo ron blanco.

- ¿Dónde?

- En la mesa del fondo, está sentado sólo. Lleva una camiseta verde – sigue hablando ella disimulando sin dejar de preparar el cóctel - acaba de llegar – mete el hielo en las copas.

Miro hacia atrás sigilosamente y lo diviso sentado tomándose una cerveza.

- Aquí tenéis – dice Vania metiendo la rodaja de limón en las copas.

- ¡Vania! – grita el susodicho desde su mesa.

Vania hace como que no ha escuchado nada y continúa a sus cosas ante la atenta mirada de Luís y mía.

- Creo que te está llamando – se le ocurre decir a Luís.

- Ya sé que me está llamando. No estoy sorda – le da un sorbo a mi copa.

- ¡Vania! – le grita esta vez desde detrás de nosotros el tipo.

El tipo desde luego no tiene muy buena pinta. Se le ve desaseado, lleno de tatuajes y con cara de pocos amigos. Eso sí, tiene unos brazos enormes y se nota que está cuadrado.

- Esta noche yo no seré tu camarera Roberto, puedes pedirle lo que quieras a mi compañera – le dice ella con mucha seguridad.

- No me toques los cojones, Vania – dice él en tono amenazante - ¿me estás evitando? ¿tú me estás evitando a mí?

- Sí. No quiero verte ¿todavía no te ha quedado claro?

El tipo da un fuerte golpe en la barra que hace que una de las copas se

derrame por ella.

- ¡Me verás siempre que yo lo diga! – le grita e increpa él.

- ¡No vengas aquí a dar voces! ¡Vete de aquí de una vez! ¡ya te he dicho que me dejes en paz!

- ¡Vania! – vuelve a repetirle él mirándola desafiante.

- La chica te ha dicho que la dejes en paz – digo con un hilito de voz.

- ¿Y tú quien coño eres? ¿Qué pasa? – mira a Vania - ¿te has buscado otro amiguito?

- No es asunto tuyo, Roberto – le responde ella.

- Por supuesto que lo es – ríe él cínicamente – vamos… - se acerca más a Vania – vente conmigo esta noche, putita – le mete un billete de cien euros en el canalillo.

Vania le aparta de un manotazo y se saca el billete del escote con el rostro lleno de ira para después lanzárselo a la cara. Miro al tipo con repugnancia y asco por lo que acaba de hacer.

- Voy a partirte la cara, pedazo de cabrón – le amenaza ella dando un salto e intentando cogerle desde detrás de la barra.

Él se aparta y ríe chulesco. Mientras Luís y yo sujetamos a Vania.

- Voy a matarle, Fabián. Déjame por qué voy a matarle – intenta dar la vuelta a la barra para salir y atraparle pero yo me pongo en medio y la paro.

- Escúchame Vania, tranquila. La violencia nunca trae nada bueno ¿de acuerdo? Si hay algo que me ha enseñado la vida es que todo se puede solucionar con palabras – me doy la vuelta y me dirijo a Roberto que sigue teniendo una actitud muy chula – Mira Roberto eres ¿no? Roberto… eso que acabas de hacer está muy mal. Es una humillación muy grande a esta mujer.

- Fabián…. – dice Luís avisándome de que no me entrometa en el asunto.

- ¿Lo ves Vania? No hace falta que le pegue a nadie – le

demuestro a Vania.

- No. No hará falta que le pegues tú porque ya lo hago yo.

Vania le da un fuerte y sonoro puñetazo en la nariz a Roberto que se tambalea durante unos segundos. Se lleva la mano a la nariz y ve que está sangrando.

- ¡Me la has roto hija de puta! – grita él furioso acercándose a ella.

Por instinto vuelvo a ponerme en medio y gracias a eso me llevo yo el tortazo de Roberto en toda mi cara.

- Ahh! Joder! – grito de dolor. Joder este hombre está extremadamente fuerte.

Por fin Luís se levanta y coge a Roberto por la espalda para apartarle de mí.

- ¿Qué está pasando aquí? – pregunta un agente de policía entrando en el local con otro compañero – se oyen los gritos desde la calle.

- Tranquilos, yo también soy policía – le enseña Luís la placa que lleva en la cartera.

- ¿Qué ha ocurrido?

- Ha habido una pelea – le explica Luís.

- Ya veo ¿han sido estos dos? – señalan a Roberto y a Fabián.

- Me ha roto la nariz este hijo de puta.

- ¿Qué? No he sido yo – intento exculparme ya que no he llegado a pegar a nadie.

- Es mentira, he sido yo – aclara Vania – ¿qué pasa? ¿te da vergüenza admitir que ha sido una tía la que te lo ha hecho?

Los policías esposan a Roberto.

- A ti ya te conocemos bastante, muchacho ¿es qué no te cansas de dormir en calabozos?

- Eso, llévenselo de aquí – les animo.

- Las manos a la espalda – me dice el compañero.

- ¿Yo?

- Sí. Las manos a la espalda.

- ¡Luís! – le pido socorro a mi amigo.

- Fabián es mejor que hagas lo que te digan si no te acusarán de desacato a la autoridad. Después vemos que hacemos, hazme caso.

- Mierda – digo resignado y poniendo las manos en la espalda para que el policía me espose y me lleve junto con Roberto.

- ¡Él no ha hecho nada! – escucho a Vania gritar pero a mí ya me están metiendo en el coche patrulla.

Capítulo 3

- Chico, tienes visita – me dice uno de los policías.

- Por fin – me levanto de un salto de la incómoda y sucia litera en la que he tenido que pasar la noche y veo a Vania acercándose a las rejas - ¿puedo rechazar la visita? – no es que me alegre precisamente de verla.

- He venido en cuanto he terminado mi turno, Fabián ¿cómo estás?

- He pasado la peor noche de mi vida ¿sabes? – enfadado.

- Ala, exagerado.

- ¿Cómo? – alucino con esta mujer – he pasado la noche en un calabozo por tu culpa ¿y encima soy exagerado?

- No fue mi culpa – parece encima indignada.

- Si tu no hubieses dado ese primer puñetazo – le recrimino.

- Claro, debería haberme quedado quieta después de que me llamara puta en mi cara ¿verdad?

- Pues no se qué deberías haber hecho lo único que sé es que no me has dado más que problemas. Has querido convencerme de que el paciente al que le he tenido más cariño es una persona horrible, me has llevado a un antro de mala muerte a comer, me has ensuciado el coche, me he llevado un tortazo que – me toco la cara – todavía me duele por tu culpa y encima me han detenido.

- Seguro que lo que más te ha molestado es que te ensuciara el coche – sonríe.

- Siempre he sido una persona de bien ¿vale? Nunca me había metido en ningún lío.

- Lo sé, Fabián – mete su mano a través de las rejas para acariciar mi rostro descompuesto y acelerar mi pulso – eres un buen chico.

La miro abatido y agotado. Es imposible razonar con ella, pero increíblemente me siento mucho más tranquilo con sus caricias.

- Debí haber aceptado – quita su mano de mi cara.

- ¿aceptar el qué?

Me guiña el ojo como sólo ella sabe hacerlo y se marcha ante mi atenta mirada. Ese contoneo no puedo dejar de mirarlo ni exhausto dentro de un calabozo.

- ¡Vania!

- Fabián – hace por fin su aparición Luís.

- Luís, Luís… - le digo nervioso.

- Tranquilo, vamos a sacarte de aquí.

- ¿Vamos? ¿Quiénes?

El señor Pastor, padre de Luís entra tras él. Y veo una mezcla entre incredulidad y enfado en su cara. Leonardo Pastor era el causante de mis

pesadillas cuando era un niño. Era un hombre robusto con las facciones muy duras, y lo sigue siendo, al que siempre acostumbraba a ver armado por la ciudad. Un hombre serio y profesional ¿Cómo no iba a temerle? Con la cara que veo ahora mismo he de reconocer que sigue dándome un poco de miedo.

- Gracias señor Pastor – le agradezco casi con lágrimas en los ojos.

El señor Pastor se limita a lanzarme una mirada crítica que me atraviesa hasta el hígado y charla con el resto de alguaciles unos segundos antes de que me abran las rejas y por fin vuelvo a ser libre. Le abrazo con fuerza.

- Quiero hablar con vosotros dos ahora – nos sentencia a Luís y a mí.

Es la misma frase que nos dijo cuando le rompimos un jarrón en su casa de pequeños jugando al fútbol. Estuvimos castigados dos semanas. Después de que nos riñera no se nos volvió a ocurrir jugar con un balón dentro de casa jamás.

- ¿Qué demonios estáis haciendo aquí? – empieza con el interrogatorio el detective jefe de la guardia civil de Madrid, el señor Pastor – y no me vengáis con esa mierda de que estáis de vacaciones. Todos creíamos que estabais en otro lugar. Otra puta mentira más y os enchirono hasta año nuevo a los dos ¿de acuerdo?

Luís y yo nos miramos aterrorizados, de verdad, este hombre y sobretodo hablando así da mucho miedo.

- Es culpa mía, señor Pastor. Quería indagar más sobre la muerte de Joaquín Robles y esa investigación me trajo hasta aquí. Fui yo quien convencí a Luís para que me acompañara y también quién se inventó las mentiras. No quería que pensarais que era un idiota si después no llegaba a descubrir nada. Lo siento. Lo hice con buena intención. Mi cabeza no me permitía quedarme con la duda del motivo por el cual se suicidó mi paciente.

- Esto es inaudito. ¿Quién os creéis que sois? ¿Los putos CSI? – Nos grita enfadado – ya hay gente cualificada trabajando en el caso para averiguar todo eso que tú quieres saber. Y para colmo la liais aquí y me

toca venir a sacarte, tienes suerte de que esto no vaya a constarte como antecedente penal. Dejad de hacer el imbécil. ¿Pensáis que esto no me ha sobrecogido tanto como a vosotros? ¿lo pensáis?

- No papá – responde Luís con un hilito de voz.

- Fui yo quien me presenté en su casa en cuanto llamaron a emergencias. Fui yo quien le encontré con los ojos sin vida todavía apuntando hacia la puerta. Es una imagen dantesca que se me quedará grabada para siempre.

- ¿Hacia la puerta? - le pregunto frunciendo el ceño- ¿sobre qué lado estaba apoyado el cadáver, señor Pastor?

- Estaba de lado – sin darle importancia -hacia la derecha.

- Luís déjame tu móvil.

- ¿Qué?

- Que me dejes tu móvil – le repito y él me lo da. Voy a la galería y miro atentamente las fotos de la escena del crimen. Esta vez con más curiosidad que tristeza – no se suicidó. Señor Pastor, Joaquín era zurdo. Y el balazo lo tiene en la parte derecha de la sien. Y el arma también la tiene en la mano derecha. ¿Qué zurdo se suicidaría con la derecha?

- ¡Ya está bien! – grita Leonardo Pastor casi arrancándome el móvil de la mano – se acabó. Eres psicólogo, Fabián, no detective. Déjanos esto para los profesionales y no te atrevas a cuestionar mi trabajo jamás. No pienso seguir escuchando vuestras tonterías. Coged vuestras cosas, nos volvemos a Madrid ahora mismo.

La ducha me ha sentado de maravilla. Todavía me duele la cara por el guantazo que me dio Roberto ayer pero creo que me duele más la espalda de la litera del calabozo. Por el desagüe no sólo se ha ido la suciedad, también todas las expectativas que tenía cuando vine ayer a este pueblo, los nervios y la impotencia de no haber podido averiguar nada. Ahora tengo que volver a casa. El padre de Luís nos espera en el hall del hotel hasta que estemos listos, ya ha advertido que no más de una hora. Tiene razón, no soy detective ni

policía pero ¿por qué demonios no me hace caso cuando le digo que no ha sido un suicidio? Me frustra pensar que me vaya a ir de aquí sin descubrir toda la verdad.

Maldita sea, debí haber metido más pantalones en la maleta, de nuevo tengo que repetir el mismo vaquero. Miro de reojo mi teléfono móvil , que por fin he podido recuperar después de la noche de cautiverio. Quince llamadas de Elena, Dios. No estoy en condiciones de llamarla ahora mismo. Salgo del baño pensativo.

- Volveré en un rato – le digo a Luís mientras me pongo la camiseta.

- ¡Ey!– me grita desde la terraza – mi padre nos está esperando ¿dónde vas ahora? – se acerca hasta mi.

- Tengo que hablar con Vania o con su supuesto hijo, el de la pelea de ayer, con alguien que pueda decirme algo más.

- ¿Te has vuelto loco? No me vas a meter en más líos, Fabián. Cómo mi padre se entere de que te has ido nos mata a los dos.

- No tiene por qué enterarse, cúbreme por favor. Saldré sin que él me vea y estaré de vuelta todo lo pronto que pueda. Sólo tienes que darle una excusa para que nos de algo más de tiempo si te llama.

- ¡Fabián no! Además esa mujer no te ha traído nada bueno, déjalo ya.

- ¡Joder Luís! A Joaquín Robles le asesinaron y creo que la respuesta está en este pueblo y muy probablemente en esa mujer o en su entorno.

- ¿No has oído a mi padre? – me pregunta cabreado.

- ¡Sí, le he oído! Pero ellos sabían perfectamente que Joaquín era zurdo y no sopesaron la idea de que podía no ser un suicidio.

- ¿Dices que no están haciendo bien su trabajo? – está muy enfadado.

- Sí, eso es lo que digo – me acerco a él y le pongo mi mano en su hombro – necesito saber toda la verdad ¿entiendes?

- No – contundente – y me voy a marchar ahora mismo contigo o

sin ti, Fabián.

Respiro hondo y le miro decepcionado.

- Entonces tendrás que irte sin mi – abro la puerta de la habitación ante el asombro de Luís.

- ¡Fabián! ¿Estás loco o que te pasa? Vuelve aquí.

- Nos veremos en Madrid – me despido antes de cerrar la puerta de nuevo y marcharme a toda prisa.

Salgo del hotel a toda prisa, evitando que Leonardo Pastor, que está sentado en la barra de la cafetería me vea. No voy a irme de este pueblo hasta encontrar una respuesta.

El bar en el que trabaja Vania está abierto, siempre está abierto, y entro con la esperanza de encontrar al tío que me pegó ayer. Un poco masoca sí soy, pero no me queda otra alternativa. Si es su hijo estaría al tanto de muchas cosas suyas que yo no sé.

De momento no hay nadie, sólo el tal Fede “camarero, cocinero y catador del alcohol que entra en el local” amigo de Vania.

- Hombre tú otra vez – me mira asombrado - ¿qué te sirvo? – hoy parece sereno.

- Sólo un vaso de agua.

- Si has venido para ver a Vania… hoy tiene el día libre. No va a venir por aquí – dice con una sonrisita en la cara.

- No es a ella a quién he venido a ver. Quiero hablar con Roberto.

- Oye… - hace una pausa porqué no se sabe mi nombre.

- Fabián – le digo.

- Oye Fabián, tienes un par de narices para seguir en este pueblo después de lo que te pasó ayer, pero mucho más para encima venir preguntando por él – dice sirviéndome una cerveza.

- He dicho agua – mirando la cerveza - ¿qué pasa con ese tío? ¿De verdad tanto se le teme?

- Deberías - me advierte- tiene amigos muy chungos y algunos muy importantes, y sobre todas las cosas hay algo que para él es intocable – le miro atentamente y él acerca su cara a la mía desde atrás de la barra - Vania.

- Es su ex novio.

- Es mucho más que su ex novio. Mira te contaré esto por qué me caes bien. Por cierto ¿te gustan los niños?

- Eh… sí, claro, me gustan los niños.

- ¿Tienes hijos?

- Mi pareja tiene un hijo y bueno… supongo que sí.

- ¿Juegas con él?

- Siempre que puedo.

- Me alegro de que lo hagas, Fabián.

Se hace un silencio incómodo que no consigo descifrar, este hombre lo mismo me habla de matones que de juegos de niños.

- Vania y Roberto tuvieron una relación muy… tormentosa y creo que con esta palabra me quedo corto. Pero aunque ya no están juntos, él tiene una completa adicción hacia ella, está obsesionado. Cree que es algo que le pertenece y no va a dejar que nadie se lo toque ¿entiendes? Vania siempre ha hecho lo que ha querido, es una tía atrevida y fuerte, cómo ya sabrás. Pero Roberto siempre acaba dejándole claro, que ella es suya y que no dejará que nadie se ponga en medio.

- Ya – trago saliva.

- Es preciosa ¿eh? – me sonríe.

- Bueno…es… - balbuceo – es una chica… es una chica muy atractiva.

El me sonríe pero esta vez como si se compadeciera de mí, como si le diese pena ahora mismo.

- Fabián te aconsejo que te marches antes de que pueda venir, no hablará contigo civilizadamente si era lo que esperabas. No le llaman “El demonio” por qué sí ¿sabes? – le pasa un trapo a la barra.

- ¿Cómo? – me quedo pensativo cuándo ya estaba levantándome para irme - ¿pero él no se apoda “el Robles”?

- ¿y por qué iba a apodarse el Robles? – me pregunta alzando la ceja como si no me comprendiera.

- Por qué es su apellido ¿no?

- Fabián, creo que estás liadísimo – se ríe – Vania es quién se apellida Robles.

Mientras subo los dos pisos del edificio dónde vive Vania andando, por qué el ascensor está estropeado, noto vibrar mi teléfono una y otra vez. Seguro que es Elena o el señor Pastor preparado para echarme la bronca de mi vida. Pero eso no me detiene. Estoy a punto de llamar a la puerta, sintiendo mis pulsaciones en la garganta, cuándo Vania me abre por sorpresa. Sólo lleva una camiseta larga y unas bragas de color blanco. Descalza, por supuesto y con el pelo mojado, como recién salida de la ducha.

- Entra, corre – dice agarrándome de la camiseta y metiéndome dentro de su piso para después cerrar la puerta con llave y cerrojo.

- ¿No podías haberte vestido un poco más para recibirme? – la miro de arriba abajo.

- Suelo ir completamente desnuda por casa, has tenido suerte de que me haya puesto al menos esto…– sonríe traviesa – además no te esperaba.

- Cualquiera lo diría, no he llegado ni a llamar.

Entro en un piso pequeño y desordenado. Hay ropa encima de las sillas y tirada por el sofá. Y botes de comida china en la mesa del salón.

- ¿Qué haces que todavía no has vuelto a Madrid? – me pregunta mientras parece que mete algo de ropa en una maleta.

Mis ojos se van sin querer a sus piernas, tersas y largas y esas braguitas de encaje que asoman por debajo de su camiseta… y termino pasándome la mano por la frente para secarme el sudor.

- ¿Tienes calor, Fabián? – me pregunta haciendo una mueca divertida y guiñándome un ojo.

- No voy a irme hasta resolver este asunto.

- ¿Cuál? ¿el nuestro o el de Joaquín Robles?

- ¿Cuál… - balbuceo de nuevo, últimamente lo hago mucho – cuál nuestro?

- Lo sabes perfectamente Fabián.

Aprovecho que tiene un espejo de cuerpo entero en el salón para decirle:

- Vania mírate – le digo observando desde el espejo sus ojos negros, su pelo mojado y desaliñado y sus impresionantes piernas morenas al descubierto – y ahora mírame a mí – le señalo en el espejo y ella se da la vuelta para vernos a los dos plantados.

Soy un chico normal, muy corriente. Con una barba de dos días. Castaño claro. Piel blanca. Delgaducho. No soy precisamente un sex symbol. Ni me parezco en absoluto ni a su ex novio ni al tipo de hombres con el que ella se relaciona.

- Hacemos buena pareja ¿verdad? – dice haciéndome una mueca divertida que veo en el espejo.

- Bromeas ¿no?… ¿Por qué yo? – le pregunto realmente intrigado.

- Eres distinto, Fabián. Ni siquiera has intentado nada conmigo todavía y eso que puedo percibir como babeas por mí.

- Entonces te gusto por qué soy tonto ¿no? – digo frotándome la frente y suspirando sin poder creerme que pueda aguantar tanta tentación.

Ella se ríe.

- Puede que sea eso, sí. Me divierte mucho ver cómo te esfuerzas por resistirte a mí… cómo te pones nervioso cuando me acerco a ti. Cómo balbuceas… cómo finges que no me deseas sin éxito. Y también lo de que no sepas enfadarte, me divierte mucho.

- ¿Por qué no dejas de repetir eso de que no sé enfadarme? Soy capaz de enfadarme y mucho, te lo aseguro y de hecho… de hecho lo estoy bastante ahora mismo – me pongo serio - Así que deja de decir que

no sé enfadarme por qué sí sé hacerlo.

- Fabián – vuelve a meter ropa en la maleta – la gente con la que suelo relacionarme tiende a enfadarse mucho y cuando se enfada emplea la violencia y los gritos… a eso es a lo que estoy acostumbrada. Créeme si hay algo que me atrae de ti es la poca facilidad que tienes para enfadarte y lo mal que lo haces.

- Vaya… - le digo después de un silencio incómodo observándola detenidamente

- Has venido a toda prisa para decirme lo mentirosa que soy y fíjate, ahora te compadeces de mí.

- Tu amigo te ha avisado - lo sabía - ¿y bien? ¿vas a explicármelo?

Vania cierra la maleta y la baja al suelo.

- Sí, Joaquín Robles era mi padre. En una de sus visitas a este precioso pueblo hace veintiseis años tuvo un lío con mi madre y la dejó embaraza. Pero siempre ha renegado de mí y por supuesto jamás se ha hecho cargo absolutamente de nada mío. Ni siquiera le pasó un duro a mi madre nunca, y ya sabes que no andaba precisamente mal de pasta el hombre.

- ¿Por qué no lo dijiste desde un principio?

- Eres un hombre listo, Fabián, dejé que lo adivinaras tú. Ya lo decía mi padre.

- ¿Tu padre te habló de mí?

- Ese papelito con mi número de teléfono no cayó en tu consulta por casualidad. Él quiso asegurarse de que lo tuvieras tú por qué estaba convencido de que si le ocurría algo no pararías hasta descubrir la verdad. Y lo cierto es que ahora veo que no se equivocaba.

- ¿Y tú eres la única que puede decirme toda la verdad?

- Soy la única que puede ayudarte a que tú la descubras – rectifica.

- ¿Él sospechaba que algo le ocurriría?

- Parece que sí.

- No sentí que te doliera su muerte demasiado… - me sale un tono

recriminador.

- Como comprenderás no le quería como se supone que se le debe de querer a un padre.

- ¿y por qué te encomendó algo así si renegó de ti como hija todos estos años? – sido indagando.

- Buena pregunta. A mi padre nunca le interesé hasta que empecé a interesarle a otros… ahí creo que le salió la vena paternal. En el fondo me tenía cariño y todo.

- ¿A qué otros le interesaste?

- Tranquilo, no te pongas celoso – sonríe y no puedo evitar que me haga sonreír a mí también - A los que siempre le acompañaban. Mi padre era un cabronazo, pero no el peor de su cuadrilla.

- ¿Su cuadrilla? – la miro – hablas cómo si fueran en equipo.

- Exacto.

Respiro hondo.

- Sigues hablándome en clave Vania – me froto la frente y me siento en el sofá – me estás volviendo loco.

- Lo sé – sonríe traviesa dándole un doble sentido a mi frase.

Me pongo más erguido intentando disimular mi nerviosismo.

- La verdad es tan cruel e injusta – dice – que no la creerías Fabián.

- Inténtalo… pero no sigas mintiéndome.

- Tú también me has mentido – se acerca a mí con paso relajado y sutil con ese contoneo de caderas que consigue nublarme la mente y atragantarme las palabras y que no puedo dejar de mirar ni un segundo, hasta que se agacha un poco y su cara se queda frente a la mía – te vibra la entrepierna.

Trago saliva, me ruborizo y apuesto a que me he sonrojado por qué estoy seguro de que tengo una erección y ella lo ha notado.

- Tu teléfono Fabián – sonríe satisfecha.

Oh, se refería a mi móvil que no deja de vibrar en el bolsillo de mi vaquero.

- Cógeselo a tu novia, no vaya a ser que se preocupe – me guiña el ojo provocativa.

- No te he mentido, sólo lo he omitido – me creo con la necesidad de dar una explicación.

Está tan pegada a mí que puedo olerla y respirarla, tiene un olor afrutado y su respiración en mi cara resulta embriagadora.

- Si tú y yo no tenemos ningún asunto ¿por qué tendrías que omitirlo? – sonríe pícara - ¿te hace feliz?

- Es perfecta para mí.

- Eso ya lo sé pero no es lo que te he preguntado.

- ¿Y por qué lo ibas a saber tú?

- Yo sé muchas cosas. Y sé que no me mirarías de esa forma tan lasciva si así fuera.

- Quizás sea por qué no dejas de provocarme – trago saliva de nuevo, tengo la garganta seca.

Vania se aleja un poco de mí y empieza a quitarse la camiseta por la cabeza hasta que me muestra sus tersos, redondeados y perfectos pechos. Apoyo mi espalda en el respaldo del sofá e intento coger aire, noto como me sube la temperatura o más bien me baja y se localiza toda en mi entrepierna.

- Por Dios Vania… - me relamo agarrándome a los lados del sofá - ¿qué quieres de mí?

- ¿Ahora mismo? – me mira fijamente con una mirada tan provocativa y erótica que siento que la cremallera de mi vaquero va a estallar – que me folles.

La sangre no me llega a la cabeza y ahora mismo no puedo pensar, solo puedo mirarla como se acerca a mí contoneándose con ese vientre plano, esa piel bronceada, esos pechos tan sugerentes, esas piernas tan estilizadas y esas braguitas de encaje que están pidiéndome a gritos que las arranque. Se sienta relajadamente encima de mí con una pierna a cada lado mío y suelto de golpe todo el aire que tenía dentro en su cara que está cada vez más cerca. Ella

sonríe, acaricia mi rostro suavemente y termina con su mano en mi nuca apretando sutilmente sus dedos en ella. Una mezcla de placer y miedo recorren todo mi cuerpo a modo de escalofrío y entonces junta sus labios con los míos con suavidad haciendo que suelte un jadeo y me convenza de que voy a explotar ahora mismo. Muerde mi labio y un hormigueo muy placentero se posa en mi entrepierna. Tengo la cara ardiendo y no es lo único que arde en mí. Cuando separa su boca de la mía tengo que hacer un esfuerzo por no venirme abajo, derretido y también abatido por el mejor beso que me han dado en mi vida.

- ¿Es eso lo que quieres? – le pregunto entre jadeos.

Sin apenas darme cuenta, sé que estoy devolviéndole el beso. Esta vez mi lengua es la que está dentro de su boca y mis dedos están enredados en su pelo. No podemos separar nuestras bocas, no queremos hacerlo. Mis manos ahora bajan hasta su cintura mientras ella no deja de besarme de una forma voraz, como si tuviera tanta hambre de mí como la tengo yo de ella. Me quita la camiseta y la tira al suelo. Sonríe y se levanta del sofá.

- No pares ahora, por favor – le suplico.

Ella se agacha entre mis piernas, me desabrocha el botón y comienza a bajar la cremallera de mi vaquero lentamente para después quitarme los pantalones. Al tirarlos al suelo, escucho el sonido del móvil dando contra el suelo. Jamás había tenido una erección como la que estoy viendo ahora mismo. Ella parece regodearse en su triunfo y no deja de acariciármela. Se pone frente a mí de pié y se va bajando las braguitas lentamente, tan lentamente que hasta me duele. Dios, tiene un cuerpo de infarto y está deseando que la folle. Saca un preservativo de su maleta y me lo da para que me lo ponga y así lo hago. Vuelve a ponerse encima de mí pero esta vez para meter mi erección dentro de ella, y mientras lo hace no dejamos de mirarnos a los ojos, admirando nuestras caras de placer cuando por fin estoy dentro de ella. Suelta un gemido y yo me muerdo el labio con fuerza. Empieza a cabalgar sobre mí sin dejar de devorar mi boca ni un solo segundo.

Puedo sentirla cómo he deseado sentirla desde que la he visto, muerta y extasiada de placer encima de mí. Los dos gemimos y hasta gritamos, no tengo tiempo ni ganas para preocuparme hoy por lo que pensarán lo vecinos. Estoy echando el polvo de mi vida. Esta mujer huele tan bien… sabe tan bien… me ha llevado hasta el límite. Puedo sentir como se contrae conmigo

dentro y me encanta. No puedo más… no puedo más… descargo toda mi energía…

Intento recomponerme y sobretodo recuperar el aliento. Quedo totalmente destrozado en ese sofá. Ella se levanta con esa sonrisa traviesa que me vuelve loco y yo no puedo dejar de observarla.

- Dios… ha sido… - no encuentro palabras que puedan describirlo.

Ella me responde con una sonrisa y comienza a vestirse.

- ¿Es que no ha estado bien? – le pregunto viendo que no responde nada.

- No ha estado mal… - hace una mueca de ni fu ni fa.

- No lo dices muy convencida…

- Se nota que no tienes mucha práctica en esto – ríe – es muy divertido, para variar.

- ¿Lo dices enserio? – me quito el preservativo usado y empiezo a vestirme - ¿por qué?

Vania me ignora y cuando ha terminado de vestirse sostiene esa maleta que había estado preparando en su mano.

- ¿Vas a algún sitio?

- Nos vamos los dos. Tenemos algo de tiempo hasta que salga Roberto del calabozo. Después de eso vendrán a buscarnos y si seguimos aquí nos matarán.

Capítulo 4

- ¡Vania! – grita un chico tumbado en la arena en cuanto nos ve aparecer a Vania y a mí por la playa.

El grupo de cinco chicos, entre ellos Fede, al que ya he bautizado como al camarero cocinero borracho, que parece que ya ha terminado su turno, y una chica, se dan la vuelta para sonreír y saludar a Vania alegrándose mucho de verla.

- ¡Vania! – la saludan todos.

Caminamos hasta casi la orilla dónde todos están tumbados tomando el sol.

Me quito las zapatillas y los calcetines para poder avanzar y siento como la arena me abrasa los pies. Vania también camina descalza con sus sandalias en la mano, para variar, pero a ella parece no quemarle, debe de estar acostumbrada. Yo lo paso realmente mal para poder llegar al grupo de gente. Vania besa y abraza a todos, que están como locos con ella y yo intento mantenerme un poco al margen hasta que ella me presenta.

- Chicos, éste es Fabián – les dice – Fabián…. A Fede ya le conoces, éstos son Joel, Saray, Gabriel, "Ron" y Lucas.

- Hola – me saludan todos.

- ¿"Ron"? – pregunto - ¿es un diminutivo?

- Es por qué me gusta darle al pimple – me cuenta entre risas haciéndome el gesto de empinar una botella.

Vaya, otro amigo de Vania al que le gusta beber, que novedad… Aunque sonrío por cortesía.

- Tío ¿cómo vienes así a la playa? – me pregunta Fede mirando mis pintas, con vaqueros largos y camiseta – te presto un bañador, que llevo uno aquí en la mochila – saca unas bermudas muy llamativas de su bolsa.

- No es necesario… gracias – intento evitarlo.

- Vamos Fabián… estás en la playa – me dice Vania – quítate de una vez esos vaqueros largos.

- No hace mucho que me los he quitado – le digo en voz baja y ella sonríe pícara.

- Toma – Vania me da las bermudas.

- Está bien ¿dónde puedo cambiarme?

- Aquí mismo – responde el tal "Ron".

- ¿Aquí? ¿cómo? – miro a mi alrededor con la playa repleta de gente.

- Justo así – dice Vania antes de desabrocharme el pantalón y bajármelo hasta los tobillos dejándome en calzoncillos.

- Vania… - le digo avergonzado aunque he de admitir que también

un poco excitado viéndola a ella en esa posición y tan cerca de mi entrepierna.

Me los saco del todo y me pongo el bañador por encima. Después me quito la camiseta y noto todas las miradas del grupo centradas en mí. Y entiendo el por qué muy pronto. Todos están bronceados, tonificados y perfectos y yo estoy tan blanco que parece que me vaya a transparentar y con una tripita que cualquiera diría que soy yo quien bebe cerveza y no ellos. Me acaricio los hombros colocando mis brazos en cruz para cubrirme un poco y no seguir pasando tanta vergüenza.

- Toma chico – me dice uno de ellos ofreciéndome una cerveza que saca de una neverita portátil.

- No gracias. ¿Refresco de naranja no tienes?

- No – contesta enseguida.

- Ya imaginaba… - digo poniendo los ojos en blanco y cojo la cerveza.

- ¿Lo sabe? – le pregunta Saray a Vania refiriéndose a mí y yo me mantengo atento a lo que vaya a contestar.

- No.

- ¿Qué es lo que no sé? – dejo la pregunta en el aire a ver si alguna alma caritativa me responde por fin.

- ¿Partido? – pregunta emocionada Vania a todo el grupo haciendo como si no me hubiera oído.

- ¡Partido! – gritan los chicos y se levantan rápidamente de la arena cogiendo un balón de fútbol.

- Conmigo Fede, Joel y Fabián – dice Vania.

- Oh no, no – niego con el dedo – yo prefiero no jugar.

- No seas moñas.

- ¿Qué me has llamado? – la miro y ella se ríe.

- Vale venga, esta es vuestra portería – dice trazando una línea en la arena con su pié y después hace lo mismo unos metros atrás – y ésta la nuestra. Vamos a dos. El primer equipo que marque dos goles gana.

- Es que yo hace mucho que no juego al fútbol ¿eh? No sé si me voy a acordar.

- Fede te quedas de portero– grita Vania haciendo caso omiso a lo que le he dicho – ¡empezamos!

El balón se pone en marcha en los pies de Joel que corre a toda velocidad, una velocidad impresionante, se nota que está en forma, hacia la portería contraria. Yo intento hacer algo y también corro tras ellos, pero por supuesto no los alcanzo. Parecen tomárselo muy enserio, Joel llega hasta la portería y marca un gol que hace que me quede con la boca abierta. Él y Vania gritan y aplauden emocionados. Los del equipo contrario se mosquean un poco. Cuando por fin consigo llegar donde están ellos, Joel levanta las palmas de las manos y yo se las choco.

- Vale Fabián, va a sacar Fede – me dice Joel secándose el sudor – la cogeré yo, se la paso a Vania y tú mientras aprovecha para subir todo lo que puedas arriba y cuando te la pasemos marca el segundo gol y ganaremos.

- Haremos un pleno – dice Vania.

- ¿Y por qué no es Vania la que sube y lo marca? – pregunto desde mi ignorancia.

- Por qué eres el único al que ven tan paquete que no cubren ¿no lo has visto?

- Ah… vale – para qué pregunto.

- Venga va – dice Joel haciendo que nos dispersemos.

Fede saca desde su portería y efectivamente es Joel el que recoge el balón, los del otro equipo intentan presionarlo pero consigue pasárselo a Vania que corre todo lo que puede hacia la portería contraria en la que estoy yo completamente sólo, es verdad no me cubre ni Dios, Vania da un balonazo y la pelota cae en mi pié y chuto con todas mis fuerzas. Atraviesa la portería o más bien la ralla en la arena.

- ¡¡¡Siii!!!! – grita Vania corriendo hacia mí.

Da un salto para que la coja en brazos emocionada y los dos nos caemos sobre mi espalda en la arena. Teniéndola encima con esa preciosa sonrisa de oreja a oreja y, supongo que también por la emoción del momento en el que acabo de meter un golazo, junto mis labios con los suyos y la beso con pasión, recorriendo todos los lugares de su boca con mi lengua.

- ¡Ah!! – grito de dolor cuando Joel y Fede también se nos tiran encima aplastándome.

Vania ríe, no puede parar de reír y yo no puedo dejar de mirarla y reír cómo hacía mucho que reía.

Ya está atardeciendo en la preciosa playa de Tamarit. Somos muy pocos los que ya quedamos aquí.

Tengo la sensación de que están observándome y no me equivoco, a unos metros un grupo de chicos, nos miran atentamente, aunque no es a mí a quien miran precisamente y no me extraña, Vania tumbada bajo el sol y con ese bikini tanga está para admirarla.

- ¿Sabes qué deben de estar pensando? – le digo a Vania señalándole a los chavales – pensarán qué hace una mujer cómo tu con un tío como yo. No les culpo.

- ¿Enserio? ¿Crees que pensarán eso? – mira a los chicos.
- Seguro que somos la comidilla de los chavales.
- Bueno… pues vamos a darles un poco más de qué hablar.

Vania vuelve a sonreírme traviesa, con esa sonrisa que ya me vaticina que algo va a suceder, y se acerca a mí para darme un húmedo y apasionado beso. Mis manos no pueden resistirse a posarse en su trasero casi al descubierto y terminamos acariciándonos y olvidándome de que hay alguien más que nosotros dos en esa preciosa playa.

Cuando para y vuelve a tumbarse a mi lado, me quedo embobado mirándola a los ojos fijamente.

- ¿Qué? – me pregunta.
- Eres preciosa.
- Lo sé.
- No me refiero a tu aspecto.

Ella sonríe con una sonrisa tierna que hasta ahora no había visto y aparta su pelo de la cara, que está inmerso en un vaivén por el viento.

- Vámonos al agua, Fabián. Venga corre – coge mi mano, me ayuda a levantarme y me guía hasta la orilla del mar.

Y es que con Vania tengo la sensación de que siempre estamos corriendo, de que nunca paramos. Coge de mi mano y me guía siempre hasta un nuevo lugar.

El agua fría nos acaricia los pies y hace que se nos hundan en la arena. Vania no deja de sonreír y con una mirada descifro que me pregunta si estoy listo. En realidad no lo sé, con ella nunca sé si estoy listo o no, por qué no me deja tiempo para pensar. Avanzamos mar adentro hasta que el agua nos llega hasta la cintura y en ese instante decido rodearla con mis brazos y acercar su cuerpo al mío para fundirme en un pasional y excitante beso.

- ¡Vania, tienes que irte ya! – grita Fede desde la orilla.

A Vania le cambia el rostro, que ya parecía haber conseguido enternecer, y vuelve a ponerse tensa.

- Fabián, tenemos que irnos.

- Pero ¿dónde vamos a ir? – le pregunto mientras andamos hacia mi coche.

- Ya se nos ocurrirá. Déjame conducir a mí.

- No voy a dejarte conducir mi coche.

- Venga Fabián, dame las llaves, no me cabrees.

- No me cabrees tú a mí.

Ella suelta una carcajada incrédula y me coge las llaves del bolsillo del pantalón.

- Vania me niego, es mi coche.

Vania abre el coche y se pone en el asiento del conductor, suelto un suspiro derrotado de nuevo y me subo en el asiento del copiloto. Ella se pone en marcha enseguida derrapando rueda.

- Joder Vania, que las ruedas están recién cambiadas – le digo temiendo por mi coche mientras me muerdo el puño.

- Relájate Fabián, nos queda mucho camino todavía.

- ¿Camino? Ni siquiera sé dónde me vas a llevar.

- Fuera de Tamarit.

- Reduce la velocidad – digo cogiéndome del agarradero del techo - Vania yo no puedo irme a ningún lado. Debería volver a Madrid. Debería… - me acuerdo de Elena – Dios mío… Es como si me hubiese olvidado de todo por completo. Joder – digo sacando mi móvil del bolsillo rápidamente y encontrándome con más de cuarenta llamadas perdidas – Mierda – nervioso, me seco la frente.

- Fabián tienes que venirte conmigo.

- No lo que tienes que hacer es parar un momento el coche, tengo que hacer una llamada ahora mismo.

- No puedo parar el coche, tendrás que llamar estando en marcha.

- Es una conversación privada, no voy a tenerla delante de ti.

- Pues entonces no la tendrás por qué no pienso parar el coche.

- Vania joder, para un segundo por favor – alzo un poco la voz.

- ¿Me estás gritando? ¿me estás gritando tú a mí?

- No te he gritado.

- Pues lo ha parecido ¿sabes?

- Pero tienes que parar el coche.

- ¡No! – esta vez es ella la que grita.

- ¡Vania joder! – intento cogerle el volante pero ella me aparta de malas maneras – Vania para el coche.

Vania aprieta más el acelerador haciendo que la cabeza se me pegue al respaldo de un golpe.

- ¿Por qué tienes que ser tan cabezota? – le digo mosqueado.

- Cállate Fabián – me dice mirando todo el rato por el retrovisor interior.

- ¿Qué pasa?

- Roberto ya ha salido del calabozo.

- ¿Y cómo lo sabes?

- Por qué lo tenemos detrás, nos está siguiendo.

- ¿Qué? – giro la cabeza y veo un coche negro muy pegado a nosotros – pero ¿qué quiere?

- Mierda está muy cerca ¿qué va a querer? A mí…o a ti…o a los dos… - acelerando cada vez más.

- Pues démosle lo que quiere, para de una vez y lo hablamos con él.

- Claro, vas a arreglarlo todo conversando como lo hiciste en el bar ¿no? – se echa a reír cínicamente.

- Pues mejor eso que parecer que estamos metidos en una película

de James Bond, con persecuciones incluidas – refunfuño.

- Conozco Tamarit como la palma de mi mano, hay un camino en el que lo despistaremos seguro – dice yendo cada vez a más velocidad.

Vuelvo a echar la vista atrás y ese coche negro sigue pegado a nosotros, los cristales están tintados así que no puedo ver a Roberto pero lo cierto es que me asusta lo cerca que lo tenemos. Siento un brusco volantazo que me lleva a darme un golpe en el hombro derecho y nos desviamos por uno camino de tierra sin asfaltar. Vania está muy centrada en la carretera y yo puedo sentir como mi pulso y mi respiración se acelera por el miedo. Se forma una nube de humo y tierra que nos rodea el coche y no consigo ver nada fuera.

- Vania, joder, no se ve nada – le digo asustado.

Ella no me responde y se limita a seguir conduciendo como si ese camino lo hubiese recorrido tantas veces que ya consiguiera pasarlo con los ojos cerrados. Estoy muerto de miedo. Vamos a muchísima velocidad por una mala carretera y además no tenemos visibilidad. Puede que este sea el final. Decido cerrar los ojos e intentar aferrarme a la vida, dejando la mente en blanco para no pensar. No quiero morir.

- Fabián – escucho la preciosa voz de Vania – Fabián, puedes abrir los ojos.

Abro los ojos y la veo a ella con una sonrisa en la cara.

- Te dije que lo despistaríamos.

Miro hacia atrás y ya nadie nos sigue. Tenía la sensación de que sólo habían pasado unos minutos pero puedo ver en el reloj del coche que han pasado unas horas. Estamos parados en un área de servicio. Me bajo del coche dando un portazo y con la tripa revuelta. Vania se baja tras de mí y me observa mientras yo doy unos pasos de un lado hacia otro intentando recomponerme.

- ¿Me vas a decir de una puta vez que cojones está pasando aquí? – le pregunto enfadado.

- Fabián….

- ¡No! Nada de Fabián, nada de tendrás que descubrirlo tú mismo, nada de la verdad es cruel ¡nada de más mierda! – grito - Acabamos de vivir una persecución a toda velocidad por tu ex novio, me dices que

tenemos que huir por qué nos quieren matar… ¿qué coño está pasando? ¡te exijo que me cuentes toda la verdad ahora mismo!

Vania se echa el cabello para atrás con sus dedos y toma aire preparándose para, espero, por fin hablar claramente.

- Estás enfadado – me dice sorprendida.

- Lo estoy – asiento con la cabeza haciéndome el duro.

- Se resiste a hacer el amor contigo ¿verdad? Siempre fue una frígida.

- ¿Cómo dices?

- Elena.

- ¿Qué coño? ¿De qué me estás hablando? – la miro atentamente alzando una ceja intrigado del por qué habla de ella como si la conociera.

- Cuando le propusieron irse a Madrid se puso contentísima y más todavía cuando le dijeron que podría dedicarse a la enseñanza. Por fin todos los años que se había pasado estudiando tendrían recompensa.

- ¡¿De qué demonios estás hablando, Vania?! – esta vez sí me sale un grito.

- A mí también me lo propusieron. Aunque no daba el perfil. Necesitabas una mujer inteligente, por supuesto con carrera universitaria – enumera con los dedos- atractiva, tímida, respetuosa y ¿cómo era lo otro? Ah sí, y ordenada, por supuesto, muy ordenada. Por eso ella es perfecta para ti ¿verdad, Fabián? Seguro que ella nunca te ensucia el coche.

Me quedo en shock y ni siquiera soy capaz de articular palabra.

- Claro, le prometieron que eras un buen partido, que eras muy buena persona, nunca la dejarías, que contigo no le faltaría de nada y aceptarías a su hijo sin ningún problema. Por cierto ¿cómo está el pequeño Nico? – apoya su espalda en el coche y se cruza de brazos – Tiene la misma carita que su padre ¿verdad?

- ¿Su padre?

- Sí, Fede.

- Dios Santo – resoplo abatido.

- Yo preferí no aceptar, no quise ser una vendida más. Pero cuando te conocí… - suelta una risa forzada – por eso te dije que debí haber aceptado. Quizás no hubiera sido perfecta para ti, pero al menos conmigo hubieses tenido algo real ¿sabes lo que te digo? Tú mereces tener algo real aunque te lleve al sufrimiento.

- Ella… - no me deja terminar.

- Sí, es algo mayor que yo pero estudiamos en el mismo colegio y nos conocemos desde siempre. Trabajó una temporada de camarera conmigo cuando terminó los estudios, por qué aquí no le salía ninguna oportunidad de trabajar como profesora, ahí es cuando tuvo una relación con Fede y se quedó embarazada. Después ya le propusieron irse a Madrid y aceptó. Dejó a Fede destrozado.

Coloco mi mano en mi boca y la voy bajando hasta la barbilla, nervioso.

- Nico es hijo de tu amigo el camarero cocinero borracho.

- Sí – ríe – yo prefiero llamarle Fede.

- ¿Quiénes se lo propusieron? – le pregunto.

- Ellos.

- Vania ¿no lo entiendes? – desesperado - Estás diciendo que he vivido una puta mentira con Elena, necesito saber el por qué, necesito saberlo todo, necesito…

- Necesitas que nos vayamos de aquí – me interrumpe – y eso es lo que vamos a hacer. Súbete al coche.

- No voy a subirme al coche, Vania – respondo destrozado.

- Sabes que al final terminarás haciéndolo.

- Se acabó todo esto, Vania. Estoy cansado de escuchar información que me hace daño y que desconocía y no llegar a ninguna conclusión. No sé qué demonios está pasando. No lo sé. Y no entiendo por qué nadie me lo dice. Hay tantos cabos sueltos aquí. No me había sentido tan frustrado en mi vida…

- Fabián sube al coche, no he llegado hasta aquí para dejar que nos

pase algo a alguno de los dos.

- ¡Pues que nos pase! ¿Qué más da? ¿qué más da ya todo? Nunca debí haber llamado a ese teléfono del papelito de Joaquín, nunca debí haber venido a este pueblo – grito cada vez más - ¡y nunca debí haberte conocido a ti!

- Oye pues te pones muy sexy cuando por fin te enfadas, sabía que si alguien podía sacarte de tus casillas y hacer que te enfadaras, esa era yo.

La miro durante unos segundos y, no sé qué fuerza se apodera de mí cada vez que dice algo sugerente, pero a lo único que me lleva es a abalanzarme sobre ella y besarla, besarla apasionadamente agarrando su nuca con mi mano y recorriendo cada milímetro de su boca con mi lengua. Estamos apoyados sobre mi coche y la tengo atrapada y, después de todo, después de que hasta he maldecido haberla conocido, solamente pienso en que no deseo otra cosa que quedarme así, besándola, oliéndola y sintiéndola.

Llegamos a una casa a las afueras de Barcelona, una vez más he seguido a Vania dónde ella ha querido ¿cómo no iba a hacerlo después de probar sus labios? Un chico musculoso, de los que ya estoy acostumbrado a ver mucho últimamente, nos espera en la puerta.

- Gracias Hugo, te debo una – le agradece Vania abrazándole en cuanto le ve.

- Quedaros el tiempo que necesitéis. Nos vemos luego – se despide rápidamente el chico musculoso de piel bronceada y se aleja de nosotros.

- Podemos quedarnos aquí tranquilos, nadie conoce este lugar, nadie nos buscará aquí – me tranquiliza Vania.

Yo alzo la vista y encuentro una casita pequeña pero preciosa con la fachada de piedra. Vania abre la puerta y entramos. Se quita los zapatos y entra descalza, como no. Después cierra la puerta.

- ¿Y de qué conoces a Hugo? – le pregunto mirando a mi

alrededor.

- Es un buen amigo.

- ¿Cómo de amigo?

- Tuvimos un rollo, pero éste no se quedó enganchado.

- ¿Es que suelen quedarse enganchados de ti?

- Sí, Fabián, siento comunicarte que los hombres suelen obsesionarse un pelín conmigo. Así que ten mucho cuidado – sonríe traviesa.

- No sé por qué no me extraña .Roberto, ahora Hugo ¿he conocido a algún otro rollo tuyo últimamente?

- Sí, Joel.

- ¿Joel también? – la miro con la boca abierta.

- Sí, ese sí se obsesionó durante un tiempo. Pero cómo después apareció Roberto… supongo que echó un paso atrás por miedo a represalias.

La miro sin decir ni una palabra.

- ¿Qué piensas? ¿acaso me estás psicoanalizando señor terapeuta? – pregunta con picardía mientras se sienta en la cama que Hugo tiene tras un biombo rojo – Ahora es cuando me dices que tras esta fachada de chica dura y esta liberación como mujer se esconde un autoestima bajo y que quizás me regale a los hombres para satisfacer viejos vacíos de cariño que tuve con mi padre ¿verdad?

- Bueno… - voy a responderle sentándome a su lado al filo de la cama - ¿es eso lo que tú crees?

- No, Fabián, simplemente me gusta poder follarme a quién quiero y cuando quiero. – vuelve esa voz tan sugerente a hacerme temblar la entrepierna - No siempre las cosas son lo que parecen, señor psicoanalista.

- Y ¿quieres follarme a mí ahora, señora mujer liberada?

Ella suelta una de sus risitas traviesas y responde:

- Sí, mucho. Pero esta vez lo haremos a mí manera.

- ¿Es que la otra vez no fue a tu manera? Prácticamente me devoraste.

- Es cierto. Pero esta vez eres tú quien me va a devorar a mí.

Trago saliva, he de admitir que esas palabras me ponen muy nervioso y excitado a la vez. Vania se acerca a mi boca y empieza a besarme como ella sólo sabe. Nos fundimos en un beso que nos hace acostarnos en la cama.

- Quítame el pantalón – me guía ella sin dejar de besarme.

La tengo tumbada frente a mí y, haciéndole caso, empiezo a bajarle los shorts y admirando ese tanga negro tan sexy que lleva, hasta quitárselos.

- Sigue besándome, no dejes de besarme – sigue dándome instrucciones y así lo hago colocándome encima de ella.

Ella me quita la camiseta rápidamente y seguimos besándonos apasionadamente. Después yo se la quito a ella y veo sus turgentes pechos y sus pezones.

- Lámelos – me manda.

Estoy encantado de hacerlo. Empiezo a rodearlos con mi lengua haciendo un círculo y ella suelta un gemido que hace que crezca mi erección.

- Ahora ve bajando, llega hasta mi ombligo sin dejar de lamerme con tu lengua

- Dios… - jadeo excitado.

Repaso con mi lengua sus pechos y voy bajando lentamente hasta llegar a su ombligo donde me quedo cómodo y me regodeo a gusto. Me coge la cabeza con sus manos y empieza a bajármela suavemente, sé lo que quiere y yo estoy deseando probarlo. Sigo bajando con mi lengua hasta llegar a su sexo y le doy un lametazo que me sabe a gloria.

- Como deseaba saborearte – le digo escuchando sus gemidos.

Puedo sentir como se contrae y cómo se hace agua por y para mí. Estoy tan excitado que me molesta llevar el pantalón. Pero no dejo de comerla, no dejo de sentir ese sabor tan maravilloso.

- Desnúdate para mí – me pide – ponte de pié. Quiero ver cómo te

desnudas.

Me pongo de pie y sin dejar de mirarla ni un segundo me bajo los pantalones hasta quitármelos. Ella me mira excitada, mordiéndose el labio y eso me hace temblar del gusto. Esta vez me bajo los calzoncillos hasta que me quedo completamente desnudo. Después vuelvo a ponerme sobre ella y puedo sentir el calor que nuestros cuerpos emanan. Nos besamos. Nos acariciamos.

- Lámete el dedo. Vamos hazlo.

Meto el dedo en mi boca lo ensalivo y ella sostiene mi mano y la baja hasta su clítoris.

- Joder – gime de placer.

Me relamo y comienzo a masturbarla cada vez presionando más dónde siento que más le gusta.

- Mételo– sigue dándome instrucciones.

Vuelvo a lamerme dos dedos y esta vez se los introduzco, ella se arquea de placer y no deja de gemir. La beso y me muerde el labio extasiada de placer. Puedo sentir como su vagina se contrae y me moja cada vez más. Ella grita, gime y sonríe. Ha llegado al climax. Y mis dedos están empapados de ella, de Vania.

Jamás había tenido a una mujer al límite como la tengo a ella. Y me muero de ganas de follármela. Me pongo sobre ella y le introduzco mi miembro suavemente. Los dos gemimos y cuando ya está dentro no dejo de embestirla cada vez más fuerte. Unos momentos más tarde, ella cambia de postura y se pone sobre mí, saltando y cabalgando de nuevo, aprovecho para agarrarle del culo y aprieto con fuerza, cosa que a ella le hace gritar aún más. Y yo no puedo estar más feliz de ver esos pechos saltando sobre mi cara. Después vuelve a cambiar y se pone de rodillas. Yo me pongo detrás de ella, vuelvo a penetrarla y continúo embistiéndola.

- Agárrame del pelo – me pide.

La agarro de su morena melena y tiro de ella haciéndola soltar un grito mientras no dejo de embestirla de una forma bestial. No puede dejar de gemir y cada vez gritamos más fuerte los dos. Estoy a punto, Dios mío. Creo que me voy a ir, Dios, sí. Voy a correrme….

- ¡Joder! – grito de placer mientras llego al climax más absoluto.

Me derrumbo a su lado de la cama y los dos sonreímos sin parar mientras intentamos recuperar el aire y el aliento.

- Esta vez ha estado muchísimo mejor – me dice ella sonriendo – por fin te has dejado llevar. Ese es el gran secreto del sexo, Fabián, disfrutar y sentir cada cosa que haces.

Yo le devuelvo la sonrisa mientras seco el sudor de mi frente con la mano.

- Eres increíble, Vania.

- Lo sé.

- Y ahora no me refería a cómo follas. Haces que me libere por completo.

Ella vuelve a regalarme otra sonrisa tierna en su cara.

- ¿Dónde vas? – le pregunto observando que se levanta de la cama desnuda, Dios, tiene un cuerpo perfecto y se dirige al cuarto de baño.

- Voy a darme una duchita – me dice traviesa provocándome.

Me levanto de un salto de la cama y la sigo haciéndola reír a carcajadas.

La ducha tiene una mampara en la que Vania se apoya mientras la embisto por detrás. Inclino mi cuerpo hacia el suyo pegándome a su espalda para poder besarle el cuello. Siento como se derrite conmigo dentro, puedo sentir como se empapa cada vez más y no me refiero al agua de la ducha precisamente. Esta mujer me vuelve loco. Desearía pasarme la vida aquí dentro, dentro de ella. Me siento totalmente desinhibido y me permito agarrarle del cuello mientras la embisto con más fuerza. Le gusta y grita que no pare. La otra mano la deslizo por su escurridiza tripita hasta llegar a su sexo y poder acariciarle el clítoris. Hago un esfuerzo por mantener el equilibrio hasta que llego al climax y mi elixir se queda en su espalda. Se da la vuelta y los dos sonreímos satisfechos. Me besa mientras me acaricia el cabello y yo la acerco a mí para abrazarla mientras nos besamos debajo del chorro de agua.

Cuando Vania sale de la ducha antes que yo, por qué a mí me cuesta más

recomponerme y recuperar el aire, veo como comienza a escribir algo en la mampara empañada frente a mí.

“No sabes enfadarte” – escribe y suelta una de sus sonrisas traviesas.

No puedo evitar que me saque una risita y la observo cómo se enrolla una toalla en el cuerpo y sale del baño contoneándose como sólo ella sabe. Acaricio con mis dedos el mensaje que ella me ha puesto y termino de quitarme el jabón del cuerpo.

Cuando salgo del cuarto de baño me encuentro con una Vania en camiseta y unas braguitas tumbada en el sofá con las piernas en el respaldo del sillón.

- ¿Esto se parece a tu diván? – me pregunta.

Me seco el cabello con la toalla y después me la enrollo en la cintura.

- En absoluto – le respondo.

- Quiero que me hagas una sesión de las tuyas, señor psicólogo.

La miro alzando las cejas, sorprendido, aunque a la vez intrigado y decido seguirle el juego.

- Está bien. Empecemos la sesión, señorita…

- Robles, Vania Robles – se le escapa una sonrisita.

- Muy bien señorita Robles – digo sentándome en el sillón al lado del sofá dónde ella está sentada - ¿Cómo fue su infancia?

- Tuve una infancia muy bonita, me crié al lado del mar ¿cómo no iba a ser bonita? Mi madre y yo paseábamos cada día por la playa y hablábamos sobre nuestras cosas…

- Ajá…- la animo a que siga.

- Jugaba en la arena con mis amigos, solíamos salir en bici a dar vueltas… era muy divertido.

- ¿Notó en algún momento la ausencia de su padre?

- Mi padre nunca me hizo falta para nada. Incluso cuando veía a mis amigos con sus padres y madres juntos nunca me plantee que yo quisiera algo así. Mi madre consiguió que no echara de menos una figura

paternal.

- Estupendo. Entonces tuvo una infancia maravillosa, dice.

- Sí, todo iba bien hasta que…

- Hasta que… - repito su frase.

- Hasta que crecí y me convertí en una mujer atractiva. ¿Usted cree que soy atractiva señor psicólogo?

Trago saliva.

- No estamos aquí para hablar de lo que yo creo, señorita Robles. ¿Por qué le perjudicó el convertirse en una mujer tan atractiva y tan tremendamente sexy como es ahora mismo?

Le guiño un ojo y ella sonríe.

- Sin darme cuenta empecé a rodearme de gente… peligrosa, de gente a la que sólo le interesaba mi cuerpo. Pero por alguna extraña razón sentía que me cuidaban. Dejé a mis amigos un poco de lado por qué me gustaba sentirme protegida por fin.

- Protección que no obtuvo nunca de su padre.

- Sí. Hasta que me di cuenta de que los que pensaba que me protegían eran los que más daño me estaban causando – me cuenta con un hilo de voz – entonces fue cuando decidí que me protegería yo sola. Que no necesitaría a nadie que me cuidara. Pero ya era tarde.

- ¿Por qué era tarde?

- Porque ya estaba de mierda hasta el cuello. Desde que dije que ya no más, todo han sido problemas. Fíjate… se han cargado a mi padre.

Aprovecho que está receptiva para hablar y sigo con el tema.

- ¿Cree que usted es el motivo por el que asesinaron a su padre?

- Querían hacer algo muy feo conmigo, Fabián y mi padre se negó y amenazó con tirar de la manta. Ese es el motivo por el que lo asesinaron. Admito que me sorprendió que diera la cara por mí, supongo que su muerte, ha sido el castigo por comportarse como un padre por primera vez en su vida.

- Al final su padre le protegió señorita Robles – alcanzo a decirle - ¿Qué querían hacer con usted?

- Uno de los amiguitos de mi padre se propasó conmigo y quiso forzarme, mi respuesta fue tirarle su vaso de wiskie en la cabeza y hacerle una brecha.

- ¿De Wiskie?

- Sí, de wiskie ¿sabe lo que es el wiskie señor psicólogo? – bromea.

- Vania tienes que decirme quien es ese amiguito de tu padre del que hablas. En la escena del crimen encontraron una botella de wiskie al lado del cadáver.

- ¿Por qué es tan importante para ti resolver este caso, Fabián? Créeme sería mejor que no lo hicieras. Eres un buen chico, eres demasiado buen chico para verte envuelto en esto.

- ¿Sabe qué señorita Robles? Últimamente me he visto envuelto en situaciones en las que nunca pensé que me vería, y sorprendentemente me ha encantado…

- No deberías mirarme de esa forma, señor psicólogo – sonríe traviesa y abre sus piernas para que pueda observarle sus sensuales braguitas de encaje negro.

Me muerdo el labio y siento como vuelve a crecer mi erección.

- Usted no debería haber hecho eso, señorita Robles. Ahora voy a tener que darle una terapia alternativa – digo mientras me levanto del sillón y me quito la toalla dejando mi erección al descubierto mientras ella me espera abierta de piernas y mirándome con deseo.

Me tumbo encima de ella y puedo notar el calor que emana de su sexo. Dios… no me canso de follarla. Comienzo metiendo mi lengua en su boca y ella me da un mordisquito en el labio.

- Vania me vuelves loco – jadeo en su oído mientras roza mi erección en sus braguitas.

Se oye una puerta, alguien está entrando en la casa.

Capítulo 5

- ¡Hola cariño! ¡me ha dicho Hugo que estás aquí! – dice una señora entrando en el salón y pillándome con el culo al aire encima de Vania.

- ¡Mamá! – grita Vania.

- Oh, cariño, lo siento – dice la señora tapándose los ojos con sus manos.

- Podrías llamar antes de entrar – le regaña Vania mientras me empuja para que me levante y así lo hago de un salto.

Vuelvo a cubrirme con la toalla y Vania se incorpora en el sofá.

- O podrías poner tú un cartel de “ocupados” en la puerta, hija.

La escena es cuanto menos surrealista.

- Ya puedes mirar mamá – avisa Vania y la señora se quita las manos de los ojos.

- ¡Mi niña! – grita la señora corriendo hasta el sofá para abrazar a Vania y las dos sonríen contentas.

- Fabián, ésta es Candela, mi madre. Mamá, él es Fabián.

- Tienes un culo fantástico, Fabián – me saluda la señora acercándose para darme dos besos.

- Yo… yo – avergonzado.

- Tranquilo, no sabes qué decir ahora mismo, no te preocupes – ríe ella.

- Mamá le estás abochornando.

- ¿Es el psicólogo? – pregunta Candela.

- Sí, el mismo. De hecho ahora mismo me estaba haciendo un poco de terapia.

- Ya veo ya – ríe ella irónicamente.

- Así que trataste al cabrón del padre de mi hija ¿eh? Enhorabuena,

hay que ser muy profesional para poder curar a un tío así.

- Gracias… supongo – sólo alcanzo a aguantarme bien la toalla para que no termine cayéndose y quedándome de nuevo en pelotas delante de esta señora.

- Lo único bueno que ha hecho ese hijo de perra ha sido a ésta – señala a Vania – tengo una hija preciosa ¿verdad, Fabián?

- Es preciosa, señora.

Vania sonríe tierna. Me encanta esa sonrisa tierna que saca de vez en cuando.

- Cuando asesinaron a mi padre tuve que sacar a mi madre de Tamarit enseguida, para protegerla la traje aquí a Barcelona, donde sé que nadie la encontrará. – explica Vania.

- ¿Por qué iban a querer hacerle daño a ella también? – pregunto.

- Fabián no conoces bien a esos tipos – explica la señora – cualquiera que pueda destapar el escándalo, les sobra.

- ¿Y usted quiere destapar el escándalo?

- No tendré que hacerlo yo. Lo harás tú, Fabián. – responde ella contundente ante mi asombro – tienes mucha más credibilidad que nosotras dos.

- No sé si conseguiré descubrir las verdad algún día, hay demasiados secretos, Candela.

- Eres un hombre listo – zanja ella.

Vania se enciende un cigarrillo, le da una calada y suelta el humo, nerviosa. Yo no puedo dejar de observarla.

- A ti tampoco te gusta que fume ¿verdad? – me pregunta Candela.

- Mamá no importa si a él le gusta o no le gusta ¿Vale? – responde Vania.

- Hija este chico me gusta para ti – me mira Candela – mira que decían que no daba el perfil para ti ¿sabes?

- Sí, sí, eso he oído – asiento abochornado por qué parece que esté hablando de una tómbola.

- Pues a mí me da que hubieseis sido felices juntos, se te ve un buen chico.

- ¿Felices mamá? – se mosquea Vania - ¿estás diciéndome que deberían haberme seleccionado en el casting de mierda que hicieron para encontrarle mujer a éste? ¿Qué debería haberme ido a Madrid para casarme con él y tener hijos y una vida en pareja? – se ríe cínica – eso no va conmigo.

- Se enfada mucho cuando hablamos de temas amorosos, Fabián – me cuenta la señora en voz baja.

- No cuchichees – le regaña Vania.

- Bueno, realmente todavía no he dado por terminada la sesión así que puedo preguntártelo ¿qué problema tiene con el amor?

- Que no existe.

- ¡Hala hija! Te habrás quedado a gusto ¿no?

- Tener miedo a equivocarse es totalmente normal señorita Robles – le digo.

- ¿Señorita Robles? Vaya … - se queda su madre anonadada.

- No tengo miedo a equivocarme, no tengo miedo a nada. Pero no me enamoraré nunca, Fabián. Espero que lo tengas claro. Por eso he tenido los problemas que he tenido, por qué nunca he conseguido enamorarme y cuando he decidido dejar a los tíos, ya era tarde, ya estaban locos por mí.

- Eso es verdad, sí – asiente su madre.

- Parece que para usted siempre es tarde para todo, señorita Robles. Cuando salió del mundo malo en el que estaba metida era tarde, para dejar a los hombres también era tarde… - aprovecho que ahora no puede persuadirme con su sensualidad por qué su madre está aquí para poder ponerla entre la espada y la pared - ¿es tarde para enamorarse?

- No es tarde, Fabián, es imposible – se levanta soltando el humo del cigarrillo y marchándose a la cocina.

- Es un poco cabezota – me cuenta Candela antes de irse detrás de ella.

- Sí, algo había notado… - digo por lo bajo para mí resoplando.

Decido aprovechar que Candela no está para ponerme mis pantalones que están en la cama. Por fin puedo hablar con esta señora sin que se me caiga la cara de vergüenza… ni la toalla…

Siento vibrar mi móvil y me apresuro a buscarlo, está junto a mi camiseta tirado en el suelo. En la pantalla "Elena". Esta vez sí voy a contestar.

- Elena – respondo con seriedad al descolgar.

- Por Dios cariño… Nos tienes a todos muy preocupados.

- Lo sé todo Elena, todo – digo con tristeza.

La oigo coger y soltar aire al otro lado del teléfono.

- ¿Estás con ella? – me pregunta.

- Eso no me suena a disculpa, Elena.

- Lo siento cariño, lo siento mucho. Sé que debí habértelo dicho pero ¿qué más da cómo nos conocimos y por qué? Lo importante es el tiempo que hemos pasado juntos

- ¿Te iban haciendo un cursillo express de camino a Madrid sobre cómo hablarme y cómo conquistarme, Elena?

- Cariño…

- Me siento avergonzado, Elena. Acogí a Nico como si fuera hijo mío.

- Lo sé, sé que eres muy bueno conmigo.

- Soy demasiado bueno ¿verdad?

- Eres como eres cariño, y por eso tú y yo congeniamos a la perfección. Los dos somos relajados, tranquilos, educados, buenos… Ella no lo es Fabián. No confíes en ella.

La escucho atentamente mientras paso mi mano por el cuello acariciando mi contractura.

- Es cierto que me ofrecieron venir a Madrid a conocer a un hombre maravilloso – sigue contándome – es cierto que me describieron como eras tú y qué buscabas y necesitabas en una mujer pero ya has visto

que yo era claramente lo que necesitabas y por supuesto que también tú eras lo que yo necesitaba. Un hombre maravilloso, Fabián. Te quiero, Fabián, estoy enamorada de ti. Te quiero. – llora al otro lado del teléfono.

- ¿Quién te lo ofreció?

- Joaquín Robles, Fabián. Él es quien me lo ofreció. Te conocía porqué era tu paciente y quería buscarte a alguien que congeniara contigo a la perfección.

- Ahora mismo estoy demasiado abatido, Elena.

- Tenemos que vernos, cariño. Tenemos que hablar de todo esto en persona, necesito abrazarte. Estamos todos buscándote por qué ni siquiera nos coges el teléfono es cómo si hubieras desaparecido, por Dios. ¿Sabes lo preocupados que nos tienes a todos?

Se hace un silencio.

- Cariño tienes que decirme dónde estás, mañana por la mañana viajaré hasta Tamarit

- ¿Vendrás a Tamarit? ¿sola?

- Sí, cariño ¿Qué esperabas? Necesito encontrarme contigo.

- No sé si puedo decirte dónde estoy.

- ¿Cómo que no lo sabes? ¡Claro que tienes que decírmelo! Cariño escúchame… conoces a esa mujer ¿hace cuánto? ¿dos días? Yo soy tu pareja, pronto seré tu prometida, Luís me lo ha contado. Estamos hechos el uno para el otro y pasaremos el resto de nuestra vida juntos. Por Dios Fabián… te lo suplico… dime dónde estás. Tengo que verte.

Suspiro para terminar cediendo.

- Está bien. Te mandaré la ubicación ahora.

- Estupendo cariño, mañana iré dónde me digas, sólo quiero abrazarte y saber que estás bien.

- De acuerdo…

Cuelgo el teléfono justo a tiempo por qué Vania y su madre hacen aparición en el salón con unas cervezas en la mano.

- Veo que te has puesto pantalones, Fabián – dice Candela.

- ¿A que le sentaba mejor la toalla, mamá? – bromea Vania con esa sonrisa traviesa tan suya.

- Estás muy callado esta noche – dice Vania después de dar un sorbo a su cerveza.

Los dos estamos sentados en el jardín de la casa de piedra tomándonos las cervezas mientras una suave brisa nos envuelve en la noche. Es cierto que estoy callado hoy, a penas he abierto la boca después de hablar con Elena. Sus palabras advirtiéndome que no confíe en Vania me han dejado un poco tocado. Llevo dos años con Elena, he convivido con ella y hasta hace un par de días estaba dispuesto a casarme con ella y de repente se cruza Vania en mi vida, o yo en la de ella y Tamarit más bien, y termino metido de lleno en una vorágine de sexo, pasión y secretos. Ya no sé qué pensar. Es verdad que Elena me ocultó todo el asunto de cómo nos conocimos, pero también siento que Vania me oculta muchas cosas…

- ¿Hay alguna pregunta que se te haya quedado en el tintero, señor psicólogo?

- Sí…¿Cuál es tu sueño, Vania? – le pregunto pensativo con la vista fija en las plantas de la caseta.

- Ser libre, Fabián ¿y el tuyo?

- Casarme – respondo de inmediato - tener una enorme casa con un jardín precioso como éste repleto de juguetes de niños que corretean de aquí para allá, un salón lleno de figuritas de esas que no tienen ningún sentido y lo único que hacen es acumular polvo pero que me encanta tener en las estanterías. Acurrucarme cada noche con mi esposa en la cama y leer un libro antes de dormir…

- Y los domingos ir a lavar el coche, que ya de por sí lo tendrás limpio pero que te gustará tenerlo más reluciente todavía – añade ella con un tono sarcástico.

- Sí, Vania. Ese es mi sueño, el que siempre he deseado alcanzar.

- ¿Entonces de que te preocupas?

- ¿Cómo?

- No te preocupes por qué no vaya a enamorarme jamás de ti, si para ti es mucho mejor, yo no encajaría jamás en ese sueño que tú anhelas.

Le doy varios sorbos seguidos a mi cerveza y se hace un silencio.

- Venga ponte la camiseta, necesitas animarte un poco, nos vamos de marcha.

Aunque he intentado negarme y decirle a Vania que no la acompañaría de bares, por supuesto ha sido una batalla perdida, con ella siempre lo es. Una vez más la he cogido de la mano y he vuelto a dejarme arrastrar por ella a no sé qué lugar. La espero en el coche hasta que ella sube en él y lo embriaga todo de un perfume afrutado que me vuelve majareta. Lleva un vestido blanco de tirantes que termina más arriba de las rodillas y enseña de una forma sugerente sus preciosas piernas bronceadas. Y se ha dejado su sensual melena azabache suelta.

- ¿Bailarás conmigo esta noche? – me pregunta dando un portazo para cerrar la puerta del coche.

- ¿Podrías cerrar con un poco más de suavidad?

- Es sólo un coche, Fabián – ríe.

- No sé bailar, Vania.

- Será otra de las cosas que te enseñaré yo – me guiña un ojo – por cierto no has terminado la sesión de terapia, no me has dado un diagnóstico.

- ¿Te lo doy?

- Claro.

- Estás pirada, Vania – arranco el coche y salgo a toda velocidad derrapando rueda como nunca antes lo había hecho mientras Vania ríe a

carcajadas.

Cuando ha dicho que nos íbamos de marcha imaginé una discoteca o un pub, en realidad imaginé cualquier cosa antes que esto. Entramos en un local que estaba cerrado a cal y canto y al que hemos tenido que llamar para que nos abriera el musculoso de Hugo, otro de los ex de Vania.

Hay mesas y sillas, pero me llama la atención que, sobre todo, hay sofás, muchos sofás de un color magenta. Una barra desgastada y vieja preside el local. Desde luego no parece que haya decorado este sitio ningún profesional.

- Martini, ¿verdad Vania? – pregunta Hugo sentándonos en uno de los sofás.

- Claro – responde ella con una sonrisa.

- Se nota que te conoce bien, a mí ni siquiera me ha preguntado qué quería tomar.

- Te pones muy guapo cuando estás celoso – me sonríe divertida.

- Al final harás que me crea que estoy a la altura de una belleza como tú – la miro embelesado como luce a la perfección ese corto vestido blanco – todos han fijado la vista en ti en cuanto hemos entrado.

Vania sonríe traviesa, como sólo ella sabe y se acerca un poco más a mí obsequiándome con un mordisquito en el cuello. Dios Santo… ¿cómo puede provocarme tal excitación sólo tenerla cerca? Me olvido una vez más de que hay alguien más en la sala y la beso apasionadamente.

- Provocas en mí sensaciones que no puedo explicar – interrumpo el beso para decirle

- ¿Y eso es malo? – pregunta divertida.

- Soy psicólogo, siempre he tenido una respuesta para todo, siempre he sabido que decir. Pero contigo…

- Conmigo es distinto – dice antes de agarrarme por la nuca y juntar sus labios con los míos de nuevo.

- Estoy ardiendo – digo sonriente mientras el beso cada vez se torna más húmedo – eres irresistible Vania, terriblemente irresistible.

- Aquí tienes Vania – dice el musculoso de Hugo dejando el Martini en la mesa con un saquito plateado al lado.

- Gracias Hugo – le guiña ella un ojo para agradecérselo.

- ¿Y esto? – pregunto mientras alargo la mano para coger el saquito miniatura y abrirlo - ¿es…?

- Cocaína Fabián, sí, lo es – me interrumpe.

- ¿Y para qué es esto?

- ¿Y para qué va a ser? Para consumirla. Es un regalito que me hace Hugo siempre que me paso a visitarle.

- ¿Ah sí? ¿y después de drogaros soléis echar un polvo también? – pregunto molesto.

- Sí, alguna que otra vez.

Vania y su sinceridad.

- ¿Quieres? – pregunta Vania metiendo el meñique en el saquito para después llevársela a la nariz e inhalarla.

- No, gracias. No he probado eso en mi vida. Y tú tampoco deberías. Esto es increíble. ¿algún otro secreto más tuyo que quieras sacar a la luz? Joder… ahora resulta que esnifas cocaína.

- Soy una chica mala – ríe cínica y yo me pongo serio - Relájate, Fabián – susurra haciendo caso omiso a mis palabras – disfrutemos de la noche.

Vania se monta encima de mí y me besa, mis manos se colocan en sus caderas mientras siento su lengua recorriendo mi boca. Estoy excitado, estoy empalmado… estoy con esa sensación indescriptible que antes le comentaba.

- Quiero follarte – me susurra en el oído haciendo que mi erección se vuelva aún más notable.

- Vania… - imploro - ¿aquí?

- Sí – su mano baja lentamente por mi torso hasta llegar a la cremallera de mi vaquero que parece que vaya a reventar – quiero esto para mí – sonríe traviesa.

Vania se levanta dejándome con la miel en los labios y se contonea sensualmente hasta llegar al cuarto de baño. Miro de un lado a otro e intento disimular mi excitación pero creo que es imposible, debo de llevar escrito en la cara “Peligro. Hombre más caliente que Sevilla en verano” y llego hasta el baño dónde me está esperando Vania para follarnos bien a gusto.

Abro la puerta y una señora de unos cincuenta y muchos maquillada como una puerta me mira con cara de pocos amigos mientras se lava las manos.

- Disculpe señora – disimulo mirando el cartelito de la puerta – me he equivocado.

- Sí, claro. La chica te está esperando en la tercera puerta, majo – responde ella divertida haciendo que yo me sonroje.

Cuando la señora sale de los aseos, Vania sale riendo detrás de la tercera puerta.

- Me haces hacer unas cosas… - río con ella.

Me abalanzo sobre ella a besarla, la levanto hasta sentar su culo en los lavabos y tiro de su melena por detrás para poder lamerle el cuello. Ella suelta un jadeo muy excitante.

- Estás pirada – susurro entre jadeos – pero joder qué cachondo me pones.

Ella ríe divertida y me atrapa con esas maravillosas piernas pegando mi erección a sus braguitas de encaje. Los dos estamos ardiendo. Decido ponerme de rodillas y bajarle sus braguitas hasta quitárselas. Ella me mira deseosa mientras tanto. Beso su sexo preparándolo para lo que se le avecina y después me bajo los vaqueros y el slip y me pongo el condón que llevaba en el bolsillo para penetrarla con dureza.

- ¡Joder! – grita ella.

No puedo dejar de mirarla mientras la embisto una y otra vez. Su cara de placer es lo más reconfortante que he tenido en mi vida. Ahora mismo no existe nada más en el mundo, ni siquiera me preocupa que no esté echado el cerrojo, si nos pillan, me da igual. Tengo a esta preciosa mujer gimiendo de placer por sentirme dentro de ella, es lo único que me importa. Tenía razón, lo más importante en el sexo es disfrutarlo y sentirlo y con ella… Dios con ella me siento como nunca. Mis manos se aferran a las suyas y la sigo penetrando una y

otra vez, sintiendo como se corre conmigo, como su vagina cada vez está más húmeda y… termino estallando. Mi cuerpo tiembla como si de una descarga eléctrica se tratase.

- ¡Dios! – grito mientras culmino.

Los dos jadeamos intentando recuperar el aliento. Me subo los pantalones. Y ella baja de los lavabos para volver a ponerse sus braguitas.

- Está mejorando mucho señor psicólogo. Sus terapias son cada vez más efectivas.

Le sonrío y le muerdo tiernamente el labio antes de darle un beso.

- Saldré yo primero, para no levantar sospechas – le digo asomando mi cabeza por detrás de la puerta para observar el local.

- Vale – ríe divertida – no vaya a ser que se enteren de que has echado tu primer polvo en un baño público.

Río y salgo de los aseos relajadamente, y tan relajadamente claro, y apoyo mi espalda en la pared observando si la gente me mira. Como nadie lo hace, decido andar hasta el sofá dónde estábamos antes de desatar nuestra pasión. Pero todavía no me he sentado cuando escucho una voz muy familiar tras de mí.

- ¿Te la has follado en ese baño?

Me doy la vuelta y ahí está él, el hombre que nos estaba persiguiendo a toda prisa hace apenas unas horas, el hombre que me dio un guantazo en el bar, el hombre obsesionado con Vania, sí, Roberto me acaba de preguntar si me he follado a Vania en el cuarto de baño.

- Roberto…- trago saliva acojonado – no … no… - niego con la cabeza nervioso.

- Folla bien ¿verdad?

- Oye Roberto no quiero líos contigo de verdad… yo sólo…

- Tú sólo le hacías caso a ella ¿verdad? Le haces caso a todo lo que ella te dice, la sigues ciegamente hasta dónde te lleve… tú sólo te dejas llevar por ella por alguna extraña razón ¿no es cierto?

Pues sí, no ha podido explicarlo mejor la verdad.

- Es lo que nos pasa a todos, no te preocupes – parece que su gesto

empieza a relajarse y eso me tranquiliza un poco – Ella consigue que los hombres hagan todo lo que ella quiere. ¿Y quién no haría cualquier cosa por esa mujer, verdad? Con ese cuerpo… con esa cara… con esa sonrisa… con esa sensualidad ¿a que sí?

Me quedo callado sin saber qué responder.

- Lo extraño es que tú no te hayas dado cuenta antes. Pareces un hombre culto. ¿Cómo no te ibas a dar cuenta de que no encajas en absoluto en su mundo? Claro… ella hace que no pienses en ello, seguro que te tiene practicando sexo continuamente. Tú… que no tienes nada que ver con ella. Que no te pareces en nada al resto de hombres con los que ha estado ¿eh? Pero seguro que ella te ha convencido de que le atraes como el que más. Ella tiene ese don. De hacerte sentir deseado y anhelado por ella, hasta que ya no le haces falta.

- ¿Y para qué le hago falta yo a ella exactamente? – pregunto intrigado.

- Eras el terapeuta de su padre ¿no? Ella quiere destruir pruebas y probablemente tú seas la única prueba que quede. Yo dormiría con un ojo abierto, con ella nunca se sabe.

El pulso se me acelera.

- ¿Estás intentando decirme que fue ella quien mató a Joaquín Robles?

Él dibuja una sonrisa cínica en su rostro que parece confirmar mis palabras. Después se aleja de mí con paso decidido hasta llegar a la puerta de los aseos dónde mira de un lado al otro antes de entrar. No puedo si quiera moverme ni reaccionar ante el peligro que conlleva que este hombre se tope con Vania en el baño. Sólo sé que unos segundos más tarde sale del mismo aseo con el rostro desencajado y apretando la mandíbula.

- ¡¿Dónde coño está?! – grita consiguiendo que todos los clientes allí reunidos fijen sus ojos en él - ¿dónde cojones está Vania? – vuelve a acercarse hasta mí.

- Estaba ahí dentro, lo juro.

- Me cago en la puta – se marcha del local refunfuñando enfadado y dando un portazo al salir.

Suelto todo el aire de golpe que había acumulado dentro de mí por el miedo y el nerviosismo y me acerco a los aseos dónde compruebo que efectivamente Vania ya no está allí.

- Ven aquí imbécil – me dice Hugo agarrándome del brazo y sacándome por una puerta que se encuentra detrás de un pequeño escenario.

- ¿Qué me has llamado?

Me suelta el brazo en cuanto salimos a un callejón y me abre la puerta de un monovolumen negro.

- Sube, anda – me dice.

- Mi coche está…

- Olvídate de tu coche – me interrumpe – sube.

Subo en el monovolumen oscuro y cierro la puerta acatando sus órdenes. Lo que me faltaba, tener que acatar órdenes de este tipo también.

- ¿Dónde está Vania? – le pregunto cuando él arranca el coche.

- En mi casa ¿dónde va a estar? La he tenido que sacar de ahí por la puerta de atrás en cuanto he visto a Roberto. ¿Y tú ibas a permitir que la cogiera? ¡serás hijo de puta!

- ¡Oye! – le devuelvo el grito – no he sabido reaccionar. Además ¿Qué vas a recriminarme a mí? No sé nada de Vania realmente, creo que todavía no me ha dicho ni una sola verdad.

- ¿Y por eso ya no merece protección?

- Ni siquiera sé de quién tengo que protegerla todavía. Además por lo visto ella se sobra y se basta. Ella es la que ha escapado dejándome a mí allí dentro.

Hugo el musculoso frena el coche en la puerta de su casa.

- Bájate – me ordena.

- ¿Y mi coche?

- Tu coche lo estarán controlando, sopla poyas.

- ¿Podrías dejar de insultarme? Deberíais empezar a moderar

vuestro lenguaje.

- ¡Que te bajes! – grita.

Me bajo de inmediato y llamo al timbre de la casa dónde me abren enseguida. Al entrar me encuentro a Vania con esa sonrisa traviesa en la cara de nuevo.

- ¿Qué te hace tanta gracia?

- Ha sido divertido. Polvo en los baños y huída a toda prisa.

- La única que ha huido a toda prisa has sido tú Vania.

- ¿Y qué iba a hacer? – hace su aparición la madre de Vania desde la cocina - ¿esperar a que ese cerdo la encontrase?

- Mamá, pensaba que estabas en tu cama ya.

- Lo estaba, pero hacéis tanto ruido…

- Sólo quiero irme a dormir – digo frustrado y cabizbajo mientras me dejo caer en la cama del salón.

- ¿Está enfadado? – pregunta Candela.

- No mamá, Fabián no se enfada. Sólo estará cansado. – le responde Vania.

- ¿Qué no me enfado? – pregunto - ¿me puedes explicar por qué tu ex novio ha insinuado que eres tú quien ha matado a tu padre?

Candela y Vania se echan a reír.

- ¿Eso te ha dicho? – ríe Candela sin parar.

- Sí, señora eso me ha dicho.

- Claro, es lo que le interesa que pienses ahora. Será cabronazo. – dice Vania en tono molesto.

- Pues perdóname pero sus palabras parecían tener cierto sentido. Tú y yo somos de mundos totalmente distintos. Ni en un millón de años podría haberme ligado a una mujer como tú y sin embargo resulta que era yo quien te interesaba. Resulta que estabas loca por follar conmigo.

- ¡Fabián que está mi madre! – ríe.

- Deja de reírte, Vania. Esto ya no tiene gracia. Puede que tuviese razón Roberto en lo que decía. Estás conmigo solamente por qué te hago falta. Soy la única persona que podría saber algo sobre tu existencia porqué encontré tu teléfono en el pantalón de tu padre el mismo día que lo asesinaron. Quizás yo para ti sólo sea una prueba. Una prueba que hay que destruir.

- Vaya, qué película te has montado – suelta Candela.

- Mamá por favor, déjanos solos un momento.

Candela le hace caso sin rechistar y se marcha del salón dejándonos solos.

- Es verdad, me haces falta Fabián. Pero no por qué haya matado a mi padre y ahora te vaya a matar a ti…

- ¿Y entonces para qué te hago falta? – digo incorporándome en la cama para escucharla con atención.

- Por qué tú eres el único motivo que me mantiene con vida. Si tú no estuvieras a mi lado ya me hubiesen matado ¿sabes?

- ¿Ah sí? – pregunto incrédulo- ¿quién? ¿tu ex novio? ¿Ese al que me he encontrado en el antro de esta noche y que no me ha tocado ni un solo pelo? Vania hay demasiadas cosas que no encajan.

- Lo sé – responde ella mientras se enciende un cigarrillo y le da dos caladas seguidas – pero encajarán, confía en mí.

- No sé si puedo confiar en ti – respondo sinceramente.

- Entonces… ¿dormirás esta noche en esta cama… - hace una pausa sugerente y se acerca a mí contoneándose – conmigo… sin fiarte de mí? ¿Qué pasaría si hubiese planeado asesinarte justo después de hacerte el amor?

Trago saliva.

- Que desgraciadamente me arriesgaría a que me asesinaras si antes vas a hacerme el amor como tú dices.

Ella sonríe traviesa y me acaricia el cabello con su mano.

- ¿Cómo no vas a interesarme, Fabián?

Abrazo sus piernas con mis brazos y acerco su cuerpo a mí quedando mi cara

a la altura de su ombligo. La abrazo y le beso el ombligo cubierto con su camiseta.

- No hay otra cosa que desee más que hacerte el amor, Vania. Desde que te vi, desde siempre.

En pocas horas llegará Elena hasta aquí por qué ya le he mandado la ubicación y sé que todo cambiará desde ese momento. Abrazo a Vania todo lo que puedo, la siento cerca de mí todo lo que puedo por qué no sé qué ocurrirá mañana. Sólo sé que esta noche deseo estar dentro de ella una vez más. Besarla y hacerle el amor hasta quedarme sin aliento.

Me quito la camiseta y me tumbo impulsándola para que se quede tumbada encima de mí. La beso apasionadamente mientras acaricio sus piernas que ahora me rodean. Ella separa sus labios de los míos para lamerme el cuello e ir bajando lentamente hasta la cremallera de mis vaqueros. La baja y me arranca los pantalones con deseo. Puedo ver ese deseo en su cara y sé que eso es algo que no se consigue fingir. Acaricia mi entrepierna por encima del slip hasta que se cansa y me los arranca también. Ahora tiene mi erección frente a ella y se relame antes de meterla en su boca.

- ¡Dios! – gimo de placer al sentirla dentro de su húmeda boca.

La lame, la chupa y la succiona haciéndome perder el juicio. No puedo parar de jadear. Se quita la camiseta y las braguitas quedándose desnuda para mí. Ahora soy yo quien está hambriento de ella. La cojo y la coloco debajo de mí subiéndome encima de ella. Nos miramos fijamente mientras la penetro, sabiendo que puede ser la última vez que lo hago. Ella me agarra la cabeza y me besa con más fuerza mientras la embisto una y otra vez. Siento como se empapa cada vez más y me araña la espalda soltando un grito de placer cuando se corre para mí. Dios yo estoy a punto… esta mujer es increíble. Me encanta estar así, me encanta estar aquí, con ella, en ella… Llego al climax.

- Joder, que rico. – suelto jadeante.

- Ha sido increíble – responde ella subiéndome el ego al máximo.

- Contigo siempre es increíble, Vania.

- Bueno… - sonríe traviesa - ¿ahora es cuando debería matarte?

- Lo cierto es que ya me has matado un poco. Mírame, soy psicólogo y ahora tendré que acudir a otro psicólogo para que me cure la

adicción que tengo a follarte.

Ella suelta una carcajada y se tumba en el otro lado de la cama, cubriendo su desnudez con la sábana. Los dos nos quedamos mirando el techo hasta que irremediablemente me quedo dormido.

Capítulo 6

Ver dormir a Vania es todo un espectáculo. La tengo a mi lado, completamente desnuda boca abajo. Observo su trasero bronceado y me regodeo en lo afortunado que soy ahora mismo. Su rostro está totalmente relajado, es extraño verla así, pero me encanta. Dios mío, es preciosa. Cuando duerme parece un ángel.

Por desgracia un estruendo la despierta sobresaltada. Es el timbre.

- ¿Dónde está mi madre? – se despierta asustada.
- Tranquila, no ha salido de su habitación.

- Han llamado al timbre. Debe de ser Hugo.

- No creo que sea él, Vania. Debe de ser Elena. – digo mientras me levanto y me visto.

- ¿Cómo que Elena? ¿Le has dicho dónde estamos? – su rostro vuelve a tensarse.

- Insistió mucho pero tranquila no va a pasar nada, sólo es Elena.

- ¿Sólo es Elena? – se levanta a toda prisa y se viste apresuradamente – esto es una trampa Fabián. Me cago en la puta ¿por qué has hecho esto? – enfadada.

- No es ninguna trampa, créeme, sólo es Elena – intento tranquilizarla.

- ¿Qué pasa? – pregunta Candela con el pelo desaliñado recién levantada.

- Mamá vuelve a la habitación y ciérrate con llave, hazme caso.

- Me estás asustando hija.

- Este imbécil se ha ido de la lengua y ahora saben dónde estamos.

- ¿Por qué todo el mundo me insulta?

- Por qué te lo mereces – responde Vania muy asustada dejándome callado.

Vania se asoma por la ventana apartando un poco las cortinas.

- Vania, sólo es Elena. Sólo ella sabe dónde estamos.

- ¿Sólo ella? – ríe cínica – no tienes ni puta idea.

- Pues no, no tengo ni puta idea, igual si me cuentas alguna verdad…

- Sal ahí fuera. Reúnete con tu Elena que te está esperando.

- Te pones muy guapa cuando estás celosa – le guiño un ojo intentando hacerme el gracioso.

Su rostro se tensa todavía más y trago saliva lamentándome por haber bromeado justo en este momento. Decido arreglarme un poco el pelo frente al espejo, tomar aire y salir de la casa cerrando la puerta a mi paso.

En cuanto abro la puerta del jardín Elena se abalanza sobre mí para abrazarme.

- Cariño, por fin – dice sollozando mientras me abraza cada vez con más fuerza – mírate estás demacrado… más delgado y descuidado. Nunca te había visto con esa barba.

- Quiero saber toda la verdad, Elena. Espero que hayas venido con la intención de contármela.

- Han detenido a la mujer de Joaquín Robles. Se ha entregado a la policía y ha admitido que fue ella quien lo mató.

- ¿Qué? – me quedo en shock – pero si Luís dijo que no estaba en la casa aquella noche.

- Pues lo estaba. Así que caso resuelto, tenemos que marcharnos de aquí.

- ¿No se te ha ocurrido una excusa mejor para llevártelo? – sale Vania y se queda apoyada en el umbral de la puerta cruzando los brazos - ¿de verdad vas a tragarte eso, Fabián?

- Vania… - dice Elena con cierta rabia en su tono de voz – veo que ya conoces a mi prometido…

- Bastante bien, sí – responde Vania con una de sus sonrisas divertidas.

- Espero que te hayas divertido con esta fulana – dice Elena entre dientes – pero ahora tienes que volver a casa conmigo.

- ¿La fulana soy yo? – ríe Vania – pensaba que la que había aceptado irse con un desconocido a cambio de una vida acomodada habías sido tú. Yo me lo he follado por gusto.

- Fabián la mujer de Joaquín está detenida, fin del caso. Aquí ya no hay nada que hacer. – zanja Elena agarrándome del brazo para llevarme con ella.

- Tengo que… llamar para averiguar si lo que me estás diciendo es cierto – le digo a Elena soltándome de ella.

- ¿Vas a confiar antes en esta fulana que en mí?

- Sólo digo que ninguna de las dos me habéis demostrado que pueda confiar en vosotras precisamente. Tengo que hacer una llamada.

Le doy la espalda a Elena y me acerco a paso decidido hasta el umbral de la puerta dónde Vania está apoyada esperándome, cuando escucho el sonido de un arma cargándose.

- Se acabaron las tonterías, Fabián, vas a venirte con nosotros – reconozco la voz del padre de Luís, el jefe de policía Leonardo Pastor.

Me doy la vuelta y ahí está él apuntándome con un arma.

- Señor Pastor… ¿qué está haciendo? – le pregunto asustado e inquietado viendo como me apunta con su pistola.

- Leonardo no es necesario que hagas esto – le implora Elena, nerviosa a su lado

- Cállate Elena – le riñe él.

- Ya estabas tardando en aparecer, Leonardo Pastor – dice Vania ante mi asombro.

- Te mataré puta, igual que matamos a tu padre, con un tiro en la sien – dice él enfadado sin dejar de empuñar el arma.

- Adelante, hazlo delante de él – dice Vania refiriéndose a mí, que me tiemblan las piernas – así se acabará todo. Sé que él dirá toda la verdad. Sé que dirá que vosotros me habéis matado, como hicisteis con mi padre. ¿Tu jefe no va a salir? ¿No se va a dejar ver? ¿Esta vez te ha dejado sólo?

- ¿De qué coño estás hablando, Vania? – le pregunto mirándola fijamente - ¿quién es su jefe?

- No podíais permitir que saliera a la luz un escándalo como este ¿verdad? – sigue indagando ella.

Muy segura de sí misma y con paso firme empieza a caminar hasta Leonardo Pastor que la apunta con el arma directamente en la cabeza.

- ¡Vania! – me limito a gritarle mientras el miedo me tiene paralizado en el umbral de la puerta.

- Erais los dueños de Tamarit. Los amos de todas las mujeres

bellas de Tamarit. Las convertíais en putas de lujo a las que os llevabais a Madrid y a las que vosotros también podríais tiraros cuando os diera la gana. No teníais suficiente con vuestros sueldos ¿verdad? Necesitabais más, necesitabais ser los dueños de todas esas mujeres. Las drogabais, las maltratabais si no hacían lo que vosotros queríais. Yo estaba protegida y era intocable mientras estuviera con Roberto. Pero en cuanto le dejé volví a estar en el mercado para vosotros, volví a ser mercancía. Cuando tu jefe intentó violarme mi padre os amenazó con tirar de la manta. Esta vez iba a hacerlo. Por fin estaba sobrio y se sentía capaz de dejar atrás toda esta mierda en la que lo habíais metido. Por eso os lo cargasteis. ¿Quién apretó el gatillo? Dime… ¿quién apretó el gatillo? ¿Tú, Leonardo? ¿o quizás fue Roberto? No… a Roberto todavía no le veis capacitado para hacer ese tipo de trabajo. Todavía lo estáis puliendo para que siga con el negocio por aquí ¿verdad? Entonces ¿quién apretó el gatillo?

- Yo apreté el gatillo.

Dios Santo es mi padre.

- Papá – digo con un fino hilo de voz.

Mi padre se acerca a Vania y a Leonardo Pastor que sigue empuñando el arma.

- Dijo que a la mañana siguiente nos denunciaría. Le advertí que nadie le creería. – explica mi padre – Por el amor de Dios, somos el jefe de Policía de Madrid y el dueño del periódico más prestigioso de la capital – se regodea- Pero no me hizo caso caramelito – dice intentando acariciarle el pelo a Vania antes de que ella le aparte la mano bruscamente.

- No me toques.

- ¿Tú has conseguido follártela? – pregunta mi padre mirándome. Y yo no consigo articular palabra. – a mí no me dejó. Y siempre me he quedado con las ganas. – sonríe cínico – tranquila caramelito tu padre ni se enteró. Estaba dormido plácidamente. Esas pastillas que le recetaba mi hijo para dormir hacían efecto. Así que le disparé en la sien a ese hijo de perra y después me bebí un wiskie en su honor. Por todos lo que nos habíamos bebido antes.

- Sois unos hijos de puta.

- Y tú una deslenguada caramelito, ya le advertí a tu padre en muchas ocasiones que había que empezar a educarte bien, a domarte.

Vania se enfada y le escupe en la cara a mi padre.

- Que te jodan, Torre.

- Dispara, Pastor – ordena mi padre limpiándose la cara.

- ¡No! – grito y corro hasta ponerme delante de Vania protegiéndola con mi cuerpo.

- ¿Vas a poner en riesgo tu vida por ella? – pregunta Elena asombrada.

- Sí. Si queréis matarla a ella, primero me tendréis que matar a mí. Y bien sabéis que esto es algo que no podréis ocultar o manipular como hicisteis con la muerte de Joaquín Robles. Esta vez la víctima sería tu propio hijo. Te aseguro que indagarían y mucho.

- ¿Antepones a esta fulana a tu propio padre? – pregunta él enfadado - ¡quítate ahora mismo de ahí!

- ¡No! – grito enfadado – antepongo la verdad a cualquier cosa. La protegeré a ella igual que ella me ha protegido a mí, me ha protegido de vosotros, de vuestras mentiras y de vuestras mierdas. Y no permitiré que le hagáis ningún daño ¿entendido? ¡No lo permitiré!

- Te pones muy guapo cuando te enfadas – suelta Vania, creo que en el momento menos oportuno.

- Pobre de tu madre – dice mi padre frotándose la frente para quitarse el sudor.

- ¿Por qué?

- Por qué va a tener que vivir la muerte de su propio hijo. Dispáralos a los dos, Pastor.

- ¡No! – grita Elena nerviosa – no es así cómo habíamos quedado. No podemos hacerle daño a él.

Cierro los ojos y rezo a cualquier Dios que me saque ahora mismo de aquí. En mis pensamientos sólo veo la cara de Vania y todas sus sonrisas, la divertida, la pícara, la traviesa, la tierna… todas ellas están en mi cabeza. Si estas son las

últimas imágenes que veré en mi vida, que así sea.

Una sirena me abre los ojos de inmediato. Dos coches patrulla aparcan a toda prisa en la puerta de la casa. Hugo y Luís salen a toda prisa de ellos. Y Luís apunta directamente a la cabeza de su propio padre por detrás.

- Baja el arma ahora mismo.

- Luís – dice su padre con voz ronca.

- ¡Qué bajes la puta arma!

Mi padre y Leonardo Pastor niegan con la cabeza, frustrados y cabreados. Leonardo tira su arma al suelo.

- ¡Las manos a la espalda! – grita Hugo y los compañeros también se unen a ayudarles.

Comienzan a esposarlos a los tres. Y mi padre me dedica una última mirada intimidante antes de que se los lleven y los metan en los coches patrulla.

- ¿Estáis bien? – pregunta Luís.

- Joder Luís – me abalanzo para abrazarlo con todas mis fuerzas – gracias por estar aquí, gracias, pensé que iba a morir, gracias.

- Tenías razón habían demasiadas cosas que no cuadraban, Fabián. Así que decidí investigar por mi cuenta ¿crees que será un gran salto en mi carrera, finalmente? Voy a encerrar a mi propio padre – intenta bromear escondiendo mucha tristeza en sus palabras.

- Y al mío – añado.

Luís y yo nos abrazamos de nuevo.

- Estamos bien – responde Vania tranquila.

- ¿Bien? Estoy muerto de miedo – confieso.

Vania sonríe y me da un tierno beso en los labios.

- Lo has hecho muy bien, señor psicólogo.

- Además de amigo de Vania, también soy policía secreta aquí en Barcelona. Necesitábamos destapar todo este asunto de una vez y nos has ayudado muchísimo, Fabián. Casi lo estropeas todo anoche en el local pero – ríe – nada, ahora ya está todo solucionado. Me puse en contacto

con tu amigo Luís en cuanto Vania me lo contó todo y decidimos seguir un plan.

- Yo decidí no volver a Madrid y le dije a mi padre que me quedaría por aquí buscándote, cuando en realidad es a ellos a los que quería investigar – cuenta Luís.

- Gracias a ti hemos podido resolver y por fin zanjar toda esta mierda. Roberto también está ya detenido. Se acabó.

Hugo estira su brazo para tenderme la mano, yo se la doy y asiento con la cabeza agradecido.

- Tenemos que irnos. Te veré en Madrid, amigo. – se despide Luís.

Después se marchan con los coches patrulla en los que llevan a mi padre, mi prometida y el padre de mi mejor amigo. Y lo único que me apetece es abrazar a Vania. La empujo hasta mí y la abrazo con fuerza.

- ¿Seguro que estás bien? – me pregunta Vania.

- Lo estaré – le respondo con su cuerpo pegado al mío.

- ¡Mamá! – grita ella acercándose a la puerta de la casa y viendo a Candela como asoma su cabeza por la habitación - ¡ya podemos irnos! ¡Todo ha terminado! ¡Vamos sal!

Candela sale de su habitación y se abraza a su hija. No puedo evitar esbozar una sonrisa tierna al verlas así.

- ¿Ves cómo mi hija no era la asesina? – me pregunta Candela – era tu padre.

- Sí, ahora ya lo sé señora.

Vania sonríe.

- Déjalo mamá, ha arriesgado su vida por mí.

Vania se acerca hasta mí y me da un húmedo beso en los labios. Después Candela me da un abrazo y vuelve a entrar en la casa dejándonos solos de nuevo.

- ¿Volveréis a Tamarit?

- Sí – responde Vania con una enorme sonrisa en la cara– ahora ya podemos volver a casa. ¿Y tú, Fabián?

- ¿Yo, qué?

- ¿Qué vas a hacer?

- Bueno… se han llevado a mi prometida a testificar. Aunque ella no apretara el gatillo supongo que algo le caerá por ocultar la verdad así que…

- ¿La esperarás a que salga, entonces? – noto un poco de mosqueo en su tono de voz – sigue siendo perfecta para ti ¿no?

- La verdad es que me he dado cuenta de que la perfección me aburre, Vania – sonrío guiñándole un ojo mientras ella me devuelve la sonrisa – en estos tres días contigo no he mirado una sola vez el reloj ¿sabes? He estado demasiado ocupado dejándome llevar de tu mano y echando unos polvos increíbles.- se me escapa una risita - No me he acordado ni de comer… hasta he de admitirte que me hizo mucha gracia ver como aquel perrito se comía tan a gusto mi bocadillo.

Vania ríe.

- Vania eres imperfecta para mí. Está claro que no eres la mujer ideal que yo esperaba. Eres descarada, impulsiva, peligrosa y muy – recalco - muy desordenada.

Vania vuelve a reír escuchándome.

- Sí, lo soy.

- Y resulta que no pueden gustarme más todas esas imperfecciones. Resulta que no he podido ser más feliz estos días. Que hace un momento una fina línea separaba mi vida de mi muerte y que lejos de sentir terror, no me había sentido tan libre en toda mi vida. He reído más que nunca, te he sentido más que nunca… he estado más vivo que nunca. Vania no me importa que no tengas mi cena lista en el microondas cuando llegue a casa, no me importa que fumes, no me importa que estés completamente loca ni que… esto me va a costar decirlo, pero sí… no me importa que desordenes y ensucies mi coche. Sólo quiero estar contigo. Quiero no saber qué me depara cada día a tu lado, tener que lidiar con todos esos ex novios tuyos que se quedan pillados por ti, quiero verte contoneándote descalza por toda la casa, ver esas bronceadas piernas cada segundo de mi vida, quiero que me folles

siempre que te apetezca y poder hacer lo mismo sin importar qué hora sea ni si estamos en un sitio público. Quiero seguir sintiéndome así de desinhibido a tu lado, de esta forma “tan poco yo” que he sido estos días, pues quiero “no ser yo” para siempre a tu lado. Cogiéndote de la mano y dejándome llevar allá dónde tú quieras ir sin preguntarte ni dónde vamos. Quiero que me digas que no sé enfadarme y que eso te encanta y poder discutírtelo porqué es cierto, no sé enfadarme contigo, pero créeme que me lo pones muy fácil. – sonrío – Quiero estar con una imperfecta para mí cómo lo eres tú, Vania. Quiero que sigas siendo mía.

La beso apasionadamente y mi lengua recorre toda su boca mientras el sol de Junio nos envuelve en el jardín.

- Eres demasiado bueno, Fabián. Te lo advertí. – dice ella separándose de mí.

- ¿Qué?

- Nunca he sido tuya y nunca lo seré por la sencilla razón de que nunca he sido de nadie, Fabián. Soy demasiado mía como para pertenecerle a alguien más. Mi corazón no le pertenece a nadie. Te lo dije, Fabián, nunca consigo enamorarme de nadie y tú no eres ninguna excepción. Te advertí que no te enamoraras de mí, y una vez más, es tarde.

- ¿Es tarde? ¿Me quedaré obsesionado contigo para el resto de mis días, cómo les ha pasado a todos? – respondo mosqueado.

- Probablemente – responde ella con dureza.

- ¿Entonces lo de que yo era diferente y que por eso te interesaba?

- Eso es cierto. Y para mí siempre serás diferente. Pero eso no es suficiente para que me enamore de ti.

- Ya lo tenemos todo listo, hija – dice Candela saliendo con un par de maletas de la casa.

- Adiós, Fabián – se despide Vania guiñándome un ojo.

- ¿Adiós, Fabián? ¿Es que tampoco te quedas con éste? Pues hija éste hombre a mí me gustaba para ti, fíjate.

- Vamos mamá.

- Adiós Fabián, gracias por todo – se despide Candela-
- Adiós… señora.

Vania se aleja de mí contoneándose una vez más como ella sólo sabe, dejándome sólo y abatido por las circunstancias.

Acabo de perderlo todo, incluso lo que nunca ha sido mío.